

Capítulo III.

Lo que pasó entre el rey y Aurora.

En aquellos momentos cabalmente, el rey entraba acompañado de Cascajares en la Casita Blanca del monte del Pardo, donde le esperaba impaciente Aurora.

María, la esposa de Cascajares, la acompañaba en silencio, dando de tiempo en tiempo alguna cabezada.

Había pasado ya cumplidamente la hora en que María se acostaba, y la rendía el sueño.

De tiempo en tiempo también, sacudía aquel sueño tenaz, se levantaba, salía, bajaba las escaleras y entraba en una cocina en cuyas hornillas se veían cacerolas puestas á fuego lento.

La mujer de un cocinero tiene siempre mucho de cocinera.

María examinaba las cacerolas, amortiguaba el fuego de la una ó avivaba el de la otra.

Era necesario que la cena se mantuviese en un estado digno de ser servida al rey, y tanto más en una ocasion en que el rey iba á cenar por la primera vez con una dama de la que estaba enamorado.

En una de estas veces que María habia bajado á la cocina, llamaron á la puerta.

María fué á abrir.

Eran el rey y Cascajares que echaban pié á tierra.

—Conduce á su majestad al aposento donde está esa señora,—dijo Cascajares á su mujer;—señor,—añadió dirigiéndose al rey,—yo espero en la cocina las órdenes de vuestra majestad.

El rey, impaciente, siguió á María.

Cascajares metió dentro los caballos y cerró.

María abrió una puerta en el piso superior, y el rey entró sólo.

La puerta volvió á cerrarse.

En la habitacion donde habia entrado el rey, estaba de pié, tranquila, hermosísima, Aurora.

El rey se sintió dominado.

Los grandes ojos de la jóven le abarcaban, dejándole ver una mirada profunda, serena, valiente.

Aurora se acercó al rey y dobló una rodilla.

—¡Ah! ¡no! ¡de ningun modo!—exclamó Luis I alzándola;—no sois vos la que debeis estar á mis piés, sino yo á los vuestros.

—Ni vos ni yo,—dijo Aurora, que se habia levantado antes de que pudiese tocarla el rey,—debiamos

estar aquí. Sentaos, señor, yo os lo suplico. Por la fuerza de las circunstancias, recibo aquí á vuestra majestad como pudiera recibirle en mi casa, como á un simple caballero, no como á un rey que tiene derecho á mandar y á ser obedecido; yo reconozco mi vasallaje, pero solamente en lo que tiene relacion con las leyes; por lo demás, yo soy aquí la señora.

El rey miró de una manera vaga á Aurora, y se sentó aturdido.

Estaba dominado, y fijaba una mirada ansiosa en la jóven.

—¿Podreis decirme, señor,—dijo ésta, sentándose frente al rey,—quién ha podido matar dentro de un sitio real al hombre que me acompañaba, al hombre que me habia traído violentamente puede decirse á tener una entrevista con vos?

—¿Y qué quereis que yo os diga, señora?—contestó el rey, que miraba á cada momento con más afán á la hermosísima Aurora.—Yo no sé nada de eso, y ese acontecimiento, que yo deploro, se ha venido sobre mí como una avalancha. Yo creo firmemente, señora, que vos no tendreis la más leve sospecha de que yo haya intervenido, ni aun con el pensamiento, en ese funesto suceso que deploro.

—Yo no he supuesto nada de eso,—dijo Aurora;—sé demasiado que el rey don Luis no puede descender hasta el crimen: y luego, ¿á qué propósito, por cuál interés? ese hombre no suponía relativamente á mí una dificultad. ¿No me traia de una manera que podia llamarse violenta á una entrevista con vos?

¿Por qué matarle si tan bien os servia? Pero elló es que le han matado de una manera terrible y alevosa, y que por la muerte de ese hombre me he quedado sola en el mundo.

—No os habeis quedado sola, señora mia,—dijo el rey,—mientras exista yo.

—Y bien,—dijo Aurora,—yo me amparo, no de vos, sino de la reina madre; vos la vereis, señor, y vos la direis que la jóven que ha venido á España con el marqués de Buena Esperanza, se ampara de ella.

—¡Cómo!—exclamó el rey;—mi buena madre, es decir, mi madrastra, ¿os conoce, señora mia?

Aurora fijó una mirada intensa en el rey, y le dijo:

—Os voy á confiar un secreto que hará me respeteis; de otra manera, yo le guardaria.

—¿Y qué secreto es ese, señora?—exclamó con la voz insegura el rey.

—¿No habeis reparado en que para hablar de quien me acompañaba esta mañana, digo siempre *ese hombre* y no digo nunca mi padre?

—¡Ah! ¿no era vuestro padre el conde de Buena Esperanza?

—No ciertamente, señor; el marqués de Buena Esperanza era un antiguo servidor del cardenal Alberoni.

—¡Ah! ¡anda por estos asuntos el cardenal Alberoni!

—¡Oh! si, si señor,—dijo Aurora;—el cardenal Alberoni era mi padre.

El rey hizo un movimiento enérgico de asombro.

—¡Vuestro padre el cardenal Alberoni!—exclamó.

—Si, si señor,—dijo Aurora;—el cardenal Alberoni era mi padre.

—¿Y vuestra madre?—preguntó de una manera cobarde el rey.

—Mi madre,—contestó tranquilamente Aurora,—es la reina doña Isabel Farnesio.

El rey se puso violentamente de pié.

Miró con espanto á Aurora.

Se sentó de nuevo, y continuó mirando de una manera vaga y en silencio á la jóven.

—No tengo las pruebas materiales de lo que he dicho,—exclamó Aurora;—pero puedo asegurar que lo que os he dicho es verdad, aunque esa verdad no me la haya revelado nadie; pero yo la he adivinado. ¿Quién no conoce la historia del cardenal Alberoni, el principio de su engrandecimiento, su privanza, el lugar que ocupaba al lado de doña Isabel Farnesio desde hace muchos años antes de que fuese reina, ni quién ignora tampoco que siendo embajador de España Alberoni, habiendo muerto vuestra noble y santa madre la reina Isabel Luisa de Saboya, estando dominado el rey por la intrigante princesa de los Ursinos, Alberoni engañó á ésta y concluyó el matrimonio entre vuestro padre y doña Isabel Farnesio?

—¡Oh!—dijo el rey;—lo que me estais revelan-

do es muy grave, gravísimo; ¿es decir, que vos sois para mí una especie de hermana oculta?

—Sí, puesto que soy hija de la esposa de vuestro padre. Sin ser hermanos, hay entre nosotros algo que, además de mi voluntad y mi dignidad, hace imposible todo amor entre nosotros.

—Os aseguro, señora,—dijo el rey,—que para libertaros de mí no teneis necesidad de inventar una historia. Yo os amo no sé hasta qué punto: os adoro no sé hasta qué delirio; pero yo nunca hubiera sido para vos ni un mal hombre ni un tirano. Yo hubiera respetado y respetaré siempre vuestra voluntad, por desgraciado que vuestra voluntad me haga. Por lo mismo os suplico...

—No prosigais, señor,—contestó Aurora;—para defenderme de vos, si vos os olvidais de lo que os debeis á vos mismo como rey y como caballero, no tengo yo necesidad de inventar extrañas historias: me bastan mi dignidad y mi resolución de quitarme la vida antes que consentir el ser deshonorada. Os he revelado lo que he adivinado, lo que estoy segura de que es, por más que yo no tengo pruebas tangibles; yo no me apoyo más que en deducciones; pero he comprobado muchas veces mis deducciones, y he obtenido la certeza de que no me engañaba.

—Seguid, señora, seguid,—dijo creciendo en interés el rey,—y perdonadme si he podido atribuiros un medio de defensa del que, vos me habeis convencido de ello, no habeis pensado usar; estad tranquila; vos lo habeis dicho: el rey don Luis es al mismo tiempo

un buen hombre y un caballero; él suplicará, rogará, os hará conocer la desolacion de su alma porque vos no le ameis; pero no será nunca para vos un tirano; hablad, explicadme,—añadió con vehemencia el rey.

—Yo me he criado, ó mejor dicho, he pasado los primeros años de mi infancia en un convento de Parma. Se me cuidaba de una manera extraordinaria, se me trataba con respecto y se me instruía. Yo no sabia otra cosa sino que me llamaba Aurora y era hija del marqués de Buena Esperanza; yo conocia á éste, que iba con frecuencia á verme al convento.

Pero no conocia á mi madre.

Jamás se me habia hablado de ella.

El marqués me trataba con un grande afecto.

Habia además otra persona que iba á verme con mucha frecuencia; pero no continuamente, sino cuando estaba en Parma; esta persona era un abate: este abate era Alberoni.

Vuestra majestad conoce la historia del que yo creo mi padre.

Yo la he conocido tambien: Julio Alberoni nació en Fiorenzuola, en el ducado de Parma, el treinta de Marzo de mil seiscientos sesenta y cuatro.

Era hijo de un jardinero.

Mientras fué niño vivió con su padre, y niño aún, á los doce años, fué monaguillo en una parroquia de Plasencia.

Un buen canónigo, aficionado al buen ingenio y á la buena gracia del muchacho, le enseñó á leer é in-



fluyó para que le admitiesen en un colegio de religiosos regulares de San Pablo, llamados barbaritas.

Allí estudió teología, cánones y letras humanas.

Creado arzobispo de Plasencia el conde Barny, que fué religioso de aquel convento y uno de los maestros de Alberoni, le hizo su mayordomo.

Pero el jóven no era á propósito para este oficio.

El arzobispo entonces le ordenó *in sacris*, le hizo sacerdote, le concedió un beneficio, y con el tiempo le elevó á canónigo.

Acompañó á Roma al conde de Barny, sobrino del arzobispo, y en Roma aprendió francés, y debió su fortuna al conocimiento de esta lengua.

Muy pronto empezó á intervenir en la política.

El conde Alejandro Rocaberti, aprovechándose del conocimiento de Alberoni en la lengua francesa, le llevó á sus conferencias con el duque de Vendome, general de las tropas francesas en Italia, para tratar con él de parte del duque de Parma.

El duque á su vez se pagó de la buena conversacion de Alberoni, de su carácter insinuante y de su buen humor.

Acabó al fin Alberoni por hacerse completamente simpático al príncipe francés, que le llamaba ya su querido abate.

Aconteció que el conde Alejandro Rocaberti, irritado por las maneras militares y francamente rudas del duque de Vendome, aconsejó á su soberano, al duque de Parma, trasmitiese á Alberoni el cargo que á él le habia confiado.

Así fué, y además el duque dió una canongía á Alberoni en Parma, y una buena pension.

De tal manera se habia encariñado Vendome con Alberoni, que al dejar la Italia se llevó consigo á su querido abate, y le presentó como un hombre de genio y un hombre de Estado á Luis XIV.

El gran rey consideró mucho á Alberoni, y habiendo sido enviado Vendome á Flandes, le acompañó Alberoni como su secretario.

Terminada aquella campaña, Luis XIV, que veia en Alberoni un hombre superior, le hizo su favorito y le concedió una pension de mil seiscientas libras tornesas.

Encargado Vendome como generalísimo de los ejércitos de España durante la guerra de sucesion por Felipe V, no permitió se separase de él Alberoni.

Confiaba en su talento y lo esperaba todo de su habilidad para entenderse con la princesa de los Ursinos, que apoderada de Felipe V y de su mujer, era la verdadera reina.

Alberoni se hizo grande amigo de todos los personajes españoles que formaban el bando del rey vuestro padre, y siempre sagaz, consiguió por medio del duque de Vendome que el rey le asignara una pension de cuatro mil pesos sobre las rentas del arzobispado de Toledo.

Cuando murió el duque de Vendome en los brazos de Alberoni, todos creyeron que la carrera de éste se habia cortado con la muerte de su protector.

Pero se engañaron.

La muerte del duque de Vendome fué la causa del verdadero engrandecimiento de Alberoni.

Habiendo ido á Versailles á informar á Luis XIV acerca de los negocios de España y de la política que respecto á ellos debia seguirse, volvió á Madrid con encargo del rey de Francia de captarse la confianza del rey, de la reina y de la princesa de los Ursinos.

Ido á Parma, con el favor de Luis XIV, logró que el duque de Parma, su soberano, le nombrase su embajador en la corte de España.

Desempeñando este cargo se encontraba cuando sobrevino la muerte de vuestra madre.

Desde este punto, Alberoni, vivamente interesado ya desde hacia mucho tiempo por Isabel Farnesio, se propuso hacerla reina de España.

Para ello era necesario engañar á la princesa de los Ursinos y hacerla creer que Isabel Farnesio era una princesa débil é ignorante, á la cual podria manejarse como se quisiera.

Alberoni tuvo talento bastante para engañar á la princesa de los Ursinos, que por su grande influencia sobre vuestro padre, concluyó su enlace con Isabel Farnesio, á despecho del viejo Luis XIV, que hubiera querido mejor otra alianza.

Vuestra majestad sabe cuán caro costó á la princesa de los Ursinos el haberse dejado engañar por Alberoni.

La nueva reina, antes de llegar á Madrid, habia

ya dado al traste con la vieja favorita de vuestro padre.

Esto sucedía en mil setecientos catorce, el mismo año en que tenía lugar la muerte del anciano rey de Francia.

Yo, que apenas tenía nueve años, fui traída á España por el que se llamaba mi padre, y puesta en pensión en el real monasterio de monjas de la Encarnación.

Durante mucho tiempo no ví al marqués de Buena Esperanza.

Este no estaba en España.

Pero en cambio iban á verme el cardenal Alberoni y la reina Isabel Farnesio con mucha frecuencia.

Me creían más inocente de lo que en efecto yo lo era.

Porque se cree que en los conventos no se conoce la vida.

Este es un error.

La clausura es una vida; pero siempre es la vida del corazón humano.

Con sus pasiones, con sus miserias, con sus vicios, con sus virtudes.

Si no fuera así, el cláustro sería un lugar mágico, que tendría la virtud de hacer perfectos y santos á todos los que en él entran.

Pero no es así.

En ninguna parte se intriga más que en un convento.

En ninguna parte las pasiones son más violentas que allí.

En ninguna parte se refinan más la astucia y la doblez.

Y cuando en un convento penetra el vicio, toma la forma más odiosa y más repugnante.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el rey;—no puede decirse que no conoceis la vida, señora.

—He sido siempre meditabunda y reflexiva, y además de esto desgraciada; yo amaba el aire, el espacio, la luz, y el claustro es siempre sombrío, porque la soledad y la monotonía continuas arrojan sobre todo una sombra densa, que tiene mucho de siniestra.

Yo no habia gozado las caricias de una madre.

Yo no habia gozado el afecto de una hermana.

Yo tengo el corazon apasionado, impresionable, ardiente, impaciente, avaro de sensaciones.

El peligro me atrae.

Lo desconocido me encanta.

—¡Ah! ¡me matareis, señora!

—No; yo seré vuestra amiga, vuestra hermana; pero es necesario que lo merezcáis, señor; es necesario que comprendáis que un rey es un elegido de Dios, obligado por altísimos deberes, que se debe completamente al buen gobierno, á la prosperidad y á la grandeza de sus reinos; que es un esclavo de la alta mision que Dios le ha confiado, y que debe evitar cuanto le sea posible caer en la bajeza de las pasiones y huir de todo punto de aventuras vulgares

que no son honradas, que contradicen la moralidad y la justicia, y que están ocasionadas á desgracias irreparables, como la que ha tenido lugar esta mañana.

Los caprichos de un rey producen consecuencias lamentables, porque un rey no puede moverse sin poner en movimiento una gran masa social; y cuando el rey se mueve en el sentido del vicio, más que un padre, es para los pueblos una plaga. Alienta á miserables y los favorece para que sean dóciles y activos instrumentos de sus torpezas, y el precio de los servicios de estos miserables se hace sentir de una manera funesta sobre todo un reino.

—Verdaderamente, señora, decís cosas á que no se puede contestar, sino bajando la cabeza y avergonzándose, y yo os suplico que me exceptueis, señora, que al verme aquí, no veáis al rey indigno, sino al hombre arrastrado por vuestra mágia, por vuestra irresistible mágia.

—Vos teneis la costumbre de las aventuras, señor rey; si no la tuviérais, vuestra propia dignidad os hubiera impedido dar el paso que habeis dado. Os han corrompido desde muy niño cortesanos miserables, á quienes importa poco que el rey se desprestige, con tal de que del desprestigio del soberano saquen ellos el provecho de sus ambiciones. Se me ha hablado largamente de vos, se me os ha dado á conocer completamente, se ha creído que yo era ambiciosa ó cobarde, y se me ha encargado del papel infame de seducir al rey para perderle.

—¡Ah, ah!—exclamó el rey;—hé aquí que venimos á la política.

—¿Y qué hay que toque á un rey que no tome inmediatamente un carácter político?

—¡Oh! avisadme, decidme,—exclamó el rey.

—No, no señor; yo no comprometeré á ninguna persona: basta con que yo haya hecho inútil esa intriga, decidiéndome por una severa y valiente conducta. Por mi parte nada teneis que temer, ni por ninguna otra, si sois dócil y seguís mis consejos.

—¡Oh! los seguiré, los seguiré, señora; pero adorándoos.

—Adorarme cuanto querais; pero sin pasar nunca los límites de lo justo ni de lo conveniente. Dejadme, dejadme ahora continuar, y deciros cómo he llegado á tener la certidumbre de que soy hija de Isabel Farnesio y del cardenal Alberoni. Ved si soy franca con vos cuando os revelo que vuestro buen padre ha sido engañado, y si os soy leal diciéndoos esto, cuando la mujer que ha engañado al rey es mi madre. Este conocimiento no debe servir para otra cosa que para ser cauto, para estar siempre dispuesto á vencer conspiraciones y traiciones que pueden concluir con vos.

—Hablad, hablad,—exclamó Luis I;—yo os lo suplico como amigo, y si mi súplica no basta, os lo mando como rey.

—Yo no satisfago la imprudente curiosidad del amigo, ni obedezco aquí al rey, porque el rey en este lugar no es el rey. Si como no lo espero, vos, con-

vertido en un tirano, pretendierais arrancarme el conocimiento de lo que no debéis ni necesitáis saber, yo arrostraria el martirio, lo sufriria y callaria. Sabed sólo que se me ha arrojado junto á vos para que os seduzca, para que os embriague, para que os enloquezca, para que os sofoque entre mis brazos, y sabed, señor, que si yo no me he negado rudamente á venir á una entrevista con vos, ha sido porque queria advertiros.

La Providencia ha castigado al miserable instrumento de esta intriga, que, lograda, os hubiera destruido y hubiera tal vez conmovido al mundo, y todo por el momento está terminado.

Os lo repito: tomadme por vuestro consejero secreto, y yo os aseguro que vencereis todas esas dificultades que, niño aún, apenas cumplidos los diez y siete años, encontrais á los primeros pasos en vuestro reinado.

Consideradme como una amiga, como una hermana, y nada más, y esto muy en secreto.

Ahora, dejadme continuar.

Se me creia inocente, y ni la reina ni Alberoni se recataban delante de mí.

Me dejaban oir palabras enigmáticas cuyo sentido era para mí muy claro.

Descuidados con mi soñada inocencia se miraban sin recato, y yo comprendia su mútuo amor en sus miradas.

Es más, en la manera como entrambos me miraban, yo me sentia comprendida en aquel mútuo amor.

Yo veía en ellos á mis padres, y los veía de una manera indudable.]

Hace dos años volvió Jacinto á España.

—¿Y quién es Jacinto?

—El gitano.

—¿Y quién es el gitano?

—El marqués de Buena Esperanza.

—¡Ah!—dijo el rey;—hé aquí un bien extraño marqués.

—Todo el mundo sabe que el abate Alberoni, ó más bien, el canónigo Alberoni, introducido por su buen ingenio, por su ductilidad y por sus cualidades insinuantes en la casa del duque de Parma, habia sido encargado por el duque de la educacion literaria de la jóven y hermosa Isabel Farnesio.

Muy pronto el maestro y la discípula se encontraron en la misma situacion que Abelardo y Eloisa.

Alberoni habia cumplido ya sus cuarenta años.

Peró se habia cuidado mucho.

Parecia jóven.

Era espiritual.

Su trato con el gran mundo, y su hábito de intrigante le habian dado un gran conocimiento sobre la mujer, especialmente sobre la mujer de cuna elevada.

Sagaz y prudente, avanzó paso á paso, y de una manera segura envolvió en su seduccion á la inexperta é impresionable Isabel Farnesio.

Llegó un momento en que la pasion devoró el alma de la princesa.

Pero su madre era excesivamente rígida.

Se necesitaba un intermediario que procurase las entrevistas secretas.

Las que ansiaban de una parte la ambicion de Alberoni, de otra la pasion de Isabel.

El canónigo se propuso encontrar este intermedio.

En Alberoni, proponerse una cosa era tenerla.

Su mirada se fijó en Jacinto.

En un gitano que habia tenido un dia el atrevimiento de decir la buena ventura al duque de Parma, y habia tenido la fortuna de caerle tan en gracia, que le guardó en su casa y le empleó en sus jardines, de los cuales se hizo muy pronto el principal encargado.

Alberoni se insinuó hábilmente con él.

Halagó su ambicion.

Alberoni pudo disponer de una entrada fácil en las altas horas de la noche en los jardines del duque, y una escala para entrar por una ventana en las habitaciones de Isabel Farnesio.

Sobrevino una situacion buscada por Alberoni.

La severa duquesa, viuda (ya habia muerto por entonces el duque de Parma), enloqueció de cólera, de dolor y de vergüenza cuando vió que á pesar de su severidad y de la rigidez de costumbres que mantenía en el interior de su casa, su hija era madre.

Alberoni extremó su audacia.

Impuso condiciones á la duquesa viuda, y la obligó á doblegarse.

Se ocultó de la vista de todo el mundo bajo plausibles pretextos á Isabel Farnesio, y yo fui dada á luz en medio de un profundo misterio y confiada á Jacinto.

Alberoni tenia gran influencia en la córte romana, á la que habia prestado importantes servicios, y obtuvo del papa para Jacinto el titulo de marqués de Buena Esperanza.

Jacinto á su vez me hizo bautizar como hija legitima del marqués de Buena Esperanza, y se encargó de mí.

Esta revelacion, que corroboraba, que venia á probar las deducciones que yo habia hecho por mí misma, la debo al mismo Jacinto.

Sabeis, pues, señor, todo lo que yo puedo y debo deciros.

Lo que me reservo no debeis saberlo.

No lo sabreis nunca.

—¡Ah! yo os empeño mi palabra real de guardar un profundo secreto.

—No insistamos más en esto, señor,—dijo Aurora,—porque seria perder inútilmente el tiempo. Ven-gamos á la situacion del momento.

Una intriga oscura ha dado por resultado, de una manera imprevista y tal vez casual, la muerte de Jacinto.

Yo estoy sola en el mundo, y no quiero estarlo.

Volvedme á mi casa.

Hablad de mí á la reina Isabel Farnesio á propósito de la muerte de mi padre y de mi orfandad.

Decidla que os interesais por mi y que deseais que ella me tome bajo su proteccion.

Esto bastará, y yo seré admitida inmediatamente en la servidumbre de la reina madre: tengo la seguridad de ello.

Después, señor, convendremos en la manera de vernos secretamente.

Insisto en la necesidad de que yo sea vuestro consejo secreto, y olvidaos de lo demás.

Ni mi dignidad me permite ser vuestra amante, ni os amo.

Seria necesario que os amase, para que enloqueciese y me olvidase de todo.

—¡Oh!—exclamó el rey;—¿y si un dia mi amor os conmoviese?

—¡Ah! no: yo he amado ya cuanto podia amar; amo y soy amada.

—¿Y á quién amais?—exclamó el rey con una vehemencia que alarmó á Aurora.

—Amo á un hombre que será mi marido cuando vos os hayais curado de ese insensato y voluntarioso capricho que sentís por mí, cuando su union conmigo no pueda ser un peligro para él.

—¡Oh! decís bien, señora,—exclamó Luis I, que parecia acometido por un raptó de locura;—no me siento capaz de ser tirano ni perverso más que contra ese hombre á quien vos amais. Sí, sí; haceis bien en callar su nombre: guardadlo; yo le exterminaria en mi furor, y el remordimiento de un crimen tal me mataria. Verdaderamente soy muy desgraciado;

la primera pasion que siento, la pasion que llena mi alma y la abrasa, es para mí un imposible. ¡Vos amais! ¡Ah! teneis razon; no hablemos de esto, señora, porque la razon me abandona. No, no es un capricho voluntarioso lo que siento por vos, es que sois mi vida y mi alma. No hablemos, no hablemos más de esto: esta pasion me matará. Pero yo no puedo, no quiero causaros, arrancaros una sola lágrima. Distraigámonos, si podemos, de estas tristes ideas. Cenemos, si os parece, señora; cenemos como dos amigos, como dos hermanos.

—Cenemos en buen hora, señor; pero es necesario que mañana venga á sacarme secretamente de aquí la reina madre. Ved como lo haceis.

—Vendrá, señora, vendrá,—dijo tristemente el rey;—pero puesto que me permitis cene con vos, dadme licencia para que mande se nos sirva.

El rey llamó á Cascajares.

Poco despues Cascajares avisaba que la mesa estaba servida.

Pasaron á un precioso comedor.

La cena estaba dispuesta de una manera encantadora.

Cascajares servia.

La conversacion era indiferente y tranquila.

El rey habia logrado dominarse, y Cascajares se asombraba.

Veia que nada de amor existia entre Aurora y el rey.

—¡Ah!—murmuraba para si;—los jóvenes, aun-

que sean reyes, son tímidos. ¡Oh! si la juventud no fuese tímida, ¿dónde iría á parar la moral? Pero yo no entiendo esto. En fin, la ocasion hace al ladrón, y muy pronto el rey me agradecerá no verse obligado á vencer su timidez. Pero esta señora tiene la cabeza fuerte, muy fuerte; la sorpresa que yo he preparado al rey, temiendo le recibiese de un modo fiero esta señora, tarda en producir sus efectos. Y no me he equivocado, no.

¿Qué quería decir lo que pensaba Cascajares?

¿Cuál era aquella sorpresa que preparaba al rey?

¿Cuál el servicio que le vendía?

Muy pronto vamos á verlo.

Como á mitad de la cena Aurora dijo:

—Es extraño: hace algun tiempo estoy luchando con una especie de embriaguez, y no me he excedido en el beber.

Cascajares sonrió de una manera satisfecha.

Pero ni el rey ni Aurora repararon en aquella sonrisa.

—¡Oh! señora,—dijo el rey,—es verdaderamente extraño lo que sentís. ¡Si apenas habeis bebido más que agua!

—¡Oh!—exclamó Aurora,—mi embriaguez crece, y crece rápidamente. ¡Ah! sí, sí, ¡una infamia, Dios mio!

Y el rey vió que Aurora se enervaba y se desplomaba sobre el sillón; que luchaba en vano contra un sopor que se apoderaba rápidamente de ella.

Al fin se durmió.

Mejor dicho, se aletargó.

El rey se volvió á Cascajares!

—¡Has sido tú!—exclamó.

—Indudablemente, señor,—dijo Cascajares sonriendo de una manera repugnante,—eso no pasa de ser un ardid de guerra.

—¡Malvado! ¡miserable!—exclamó el rey,—¿y así has comprometido mi honor?

Y echó mano furioso á su costado.

Pero como no encontró su espada, porque se la habia desceñido, ciego de cólera, asió una botella y la lanzó á Cascajares.

Este bajó la cabeza.

El proyectil pasó por encima, y fué á estrellarse contra la pared, dejando en la blanca tapicería de raso labrado una enorme é irregular mancha roja.

Cascajares habia escapado y habia cerrado la puerta.

—Antes de mucho,—dijo deslizándose por las escaleras,—me llamará para darme las gracias: es mucho señor este. Hay que evitar el primer arranque de su cólera; pero cuando ha pasado, no tenemos á nadie.

Entre tanto, el rey habia corrido á Aurora.

Su letargo no era tranquilo.

Por el contrario, la agitaban violentas é intermitentes convulsiones.

Parecia como que su alma sentia, luchaba, pretendia defenderse dentro de su cuerpo dormido.

Su respiracion se hacia de momento en momento más difícil, más fatigosa.

El rey la roció el rostro con agua.

Pero no obtuvo ningun resultado.

La dificultad de respirar crecia en Aurora.

El rey se aterró.

Temió que una imprudencia de Cascajares produjese un resultado terrible.

Tal vez habia recargado la dosis, y habia convertido un narcótico en un veneno.

El rey estaba terriblemente irritado.

A pesar de sus desórdenes, conservaba completamente su espíritu caballeresco.

Le enloquecia de furor la sola idea de que Aurora le creyese cómplice de aquella artimaña inicua.

Por lo mismo sentia un grande respeto hácia ella y no se atrevia á tocarla.

Era siempre el niño.

La respiracion de Aurora se hacia más y más difícil.

Era necesario desajustarla.

Y el rey la desajustó.

Pero con la extremidad de sus dedos.

Sin tocar más que á sus ropas.

Quedó completamente descubierta la hermosa garganta de Aurora.

Entonces el rey lanzó un grito indescribible.

Un grito de rabia y de furor.

Se puso pálido, tembló; le zumbaron los oidos, y por algun tiempo permaneció inmóvil y como ano-

nadado, con la mirada espantada y fija en la hermosa garganta de Aurora.

Tenia puesto el collar de perlas que la reina había dado la tarde anterior al conde de Pino Rey en las fiestas reales como premio de su destreza y de su valor.

Por accidente, el medallón estaba vuelto del lado que contenía en miniatura el retrato de la reina.

Luis I tenía ante sí á un tiempo, y juntas, la mujer que representaba su amor y la imágen de la mujer que representaba su honor.

Al rey le había herido como un rayo una doble revelación.

El hombre á quien amaba la reina era el conde de Pino Rey.

El conde de Pino Rey amaba á Aurora, y era amado de ella.

Sólo de este modo podía estar aquel collar en la garganta de Aurora.

Sólo como señal de triunfo, como una rival, podía Aurora haber pedido aquella prenda al conde de Pino Rey.

Los celos habían dicho sin duda á Aurora lo que su descuido no le había dicho sin duda á él.

Esto es, que la reina amaba al conde.

La revelación era completa.

El rey tuvo impulsos de correr á palacio, llevando consigo á Aurora aletargada con el collar en la garganta, introducirla en la cámara de la reina y aducir aquella prueba indudable.

—¡Ah! no, no,—dijo:—esto sería dar un escándalo inútil; esto sería avisar al infame miserable, al traidor; esto sería decirle: conozco tu crimen: sería humillarme. No, no, una venganza secreta; sí, secreta. Cascajares es muy á propósito: dominémonos: sujetemos esta tormenta que nos combate. Calma y paciencia: que nada sospeche Pino Rey; que cuando le hiera un puñal no sepa por qué le hiere; pero es necesario que ella no pueda advertirle; si yo la dejase libre, ella le avisaría, ella supondría que durante su letargo había yo visto este collar; y luego, ¿por qué renunciar á ella? ¿por qué no hacer parte de mi venganza el robársela á ese infame? ¡Ah! ¡sí; sí! tomemos la vida como la vida se nos presenta. ¡Y yo me había irritado contra Cascajares! ¡Ah! ese picaro me ha servido de una manera inmensa sin saberlo: yo la hubiera respetado: ella me había dominado. Sin el narcótico de Cascajares, yo no hubiera conocido ese collar. Y bien, ¿qué me importa? El, ese monstruo de desagradecimiento, de traición y de infamia, se ha olvidado de mis favores, de mi cariño, de mi confianza: ¡morirá muy pronto sin saber por qué muere! Ella, ella, la reina, no me pertenece: es completamente extraña á mí: no me pertenecerá nunca: es ligera, audaz, voluntariosa: una reclusion, luego el repudio. Si, sí; me será fácil, á causa de esterilidad. Roma y Francia necesitan la amistad del rey de España, y si se niegan de una parte el papa y mi primo de Francia á ese repudio, el rey de España les hará la guerra, y no firmará la paz sino

poniendo como primera condicion la anulacion de mi casamiento con la princesa de Montpensier. No sé, no sé por qué me irrito, por qué me entristezco, por qué me aflijo: mi amor, mi grande amor, mi único amor, es mio. Mañana, muerto el conde, mi pasion puede embriagarla, puede embriagarla la ambicion... ¡Oh! ¡sí! sucedé mejor que lo que yo creia.

Y el rey soltó una carcajada, una larga y extridente carcajada de loco.

Luego fué á la puerta y llamó.

Cascajares apareció inmediatamente.

—Gracias,—le dijo el rey.

—¡Ah, señor!—contestó Cascajares, sonriendo de una manera picaresca y mirando con una marcada intencion la mancha de vino que habia establecido en la tapicería la botella que le habia tirado el rey.— Cuando lo que hacemos está aconsejado por la lealtad, más tarde ó más temprano se reconoce que nos hemos conducido bien.

—Necesito un servicio más grave aún.

—Para mí, señor,—dijo Cascajares,—no hay nada grave más que no poder servir á vuestra majestad.

—Que muera el conde de Pino Rey.

—Morirá, señor,—dijo sin inmutarse Cascajares.

—Que muera sin que pueda conocer á quien le mate, sin que nadie pueda saber quién le mató.

—Aparecerá muerto, señor, pronto, muy pronto, y nadie sabrá, ni él mismo, quién le ha herido; yo lo juro á vuestra majestad.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—Vete.

Cascajares salió.

El rey se acercó á Aurora.

La asió por la cintura, y con unas fuerzas que nadie hubiera podido suponer en él, la levantó, cargó con ella, y desapareció por la puerta del comedor.

Capítulo LIII.

Como se pueden satisfacer el amor y la venganza.

Cascajares dejó encomendada la Casita Blanca del Pardo á su mujer.

Salió.

Montó á caballo y atravesó al galope el monte.

Llegó á una de las puertas de la cerca, se hizo abrir con una órden que llevaba del rey, y avanzó á escape.

Cruzó el Manzanares.

Dejó atrás el Pardo, y se fué á buscar la cloaca que á orillas del rio guardaba la puerta secreta que ya conocemos, por la que se penetraba en aquella comunicacion subterránea, por la cual se podia llegar á la mayordomía mayor, al dormitorio de la reina y al aposento de Cascajares en las buhardillas de palacio.

Cascajares ató su caballo á un árbol.

Tenia seguridad de que por aquel sitio apartado y solitario no pasaria nadie en toda la noche.

Y aun quedaban de ella muchas horas.

Indudablemente, por muy favorecido que fuese el conde de Pino Rey, no podia detenerse en el palacio sino hasta algun tiempo antes de amanecer.

Cascajares entró en la cloaca.

Abrió su linterna.

Subió por la gradería.

Franqueó la puerta secreta, y algunos minutos despues estaba en el pequeño aposento donde aquella noche habia hablado con la reina el conde de Pino Rey.

Al ver que en aquel aposento no habia nadie, Cascajares murmuró:

—El señor conde es verdaderamente feliz: lástima que tan grande felicidad se corte tan pronto.

Y esperó.

Pero no mucho tiempo.

El conde de Pino Rey habia sido prudente.

Apareció media hora despues de haberse puesto en espera Cascajares.

Traia en el semblante la expresion del triunfo.

De la satisfaccion de sí mismo.

Era, como lo habia supuesto Cascajares, un hombre completamente feliz.

—¡Oh! amigo mio,—exclamó viendo á Cascajares; y en la efusion de su gozo le abrazó.

—Apriete, apriete vucencia sin cuidado,—dijo

Cascajares;—esta muestra de confianza y de cariño es la mejor recompensa que vucencia pudiera darme.

—Date por tan recompensado, que te envidiará todo el mundo, amigo Cascajares. ¡Oh! ¡qué feliz soy! Vamos, vamos, condúceme fuera. Es necesario guardar el honor de esa señora; ¡ah! estoy impaciente, loco, feliz, desesperado. ¡Si yo fuera rey!

—Pues no sé, no sé,—dijo Cascajares, sonriendo de una manera sutil.

—Condúceme,—repitió el conde.

—Será necesario,—dijo Cascajares,—que vucencia salga por la orilla del río, saliendo por dentro de palacio podría sorprendernos una ronda. Ya sabe vucencia, porque es de la casa, con qué escrupulosidad se hace el servicio.

—Por cualquiera parte; pero pronto: necesito quedarme á solas conmigo.

—Sígame, pues, vucencia.

Algunos minutos despues Cascajares franquéaba la salida secreta á la cloaca, y precedia por la gradería, despues de haber cerrado de nuevo la puerta, al conde.

Cuando estuvieron fuera de la cloaca, á la orilla del río, entre los árboles, Cascajares ganó rápidamente la espalda del conde, y antes de que éste pudiera apercibirse le disparó un pistoletazo en la nuca.

El conde cayó sin exhalar un gemido.

Cascajares desató rápidamente su caballo y montó en él, murmurando:

—Pues no puede decir su majestad que no le sirvo bien: ha muerto sin saber por quién ni por qué. Y puso su caballo al escape.

Entró por una de las entradas del monte del Pardo, y llegó á la Casita Blanca tres horas después de haber salido de ella.

El rey se paseaba impaciente en el comedór.

—¿Dónde has ido? ¿qué has hecho?—le preguntó.

—¿No necesitaba vuestra majestad que el señor conde de Pino Rey muriese sin saber quién le mataba ni por qué se le mataba?

—Si,—dijo el rey con voz sombría.

—Pues bien; mañana, es decir, hoy cuando amanezca, el primero que pase junto á la cloaca del Pardo, junto al rio, encontrará al señor conde de Pino Rey muerto de un tiro en la cabeza.

—¿Y cómo lo has hecho?—exclamó asombrado y aterrado á un tiempo el rey.

—Perdóneme vuestra majestad,—dijo Cascajares;—pero ese es mi secreto.

—Guárdale, guárdale; no quiero que tengas miedo ni de mí mismo,—dijo el rey.

Este ignoraba completamente existiese en palacio una comunicacion secreta.

Cascajares estaba seguro de ello.

Aquella comunicacion no la conocia más que el arquitecto que habia construido el palacio, la reina Isabel Farnesio, el cardenal Alberoni, Cascajares, confidente de ambos, y su mujer.

—Oye, Cascajares,—dijo el rey,—esa dama no

ha vuelto aún en sí. Cuando despierte, díla que yo vendré á verla mañana. Entre tanto guárdala, que no la vea nadie.

Tres cuartos de hora despues el rey entraba en palacio y llegaba á su cámara por el postigo de los jardines, por el patinillo, por la mayordomía mayor y por la escalerilla de servicio.

Entraba contento.

Poseia á Aurora, y creia haber cortado á tiempo, antes de la deshonra, los amores de la reina y del conde de Pino Rey.

Habia obtenido sus amores como habia podido, y como habia podido se habia vengado.

Pero Luis I, muy jóven aún, no era ni un malvado ni un tirano.

Sentia vergüenza por su triunfo sobre Aurora, y remordimiento por su venganza contra el conde de Pino Rey.

Capítulo LIV.

Hijastro y madrastra.

Al día siguiente se extendió por el Pardo una noticia que causó una sensación inmensa.

Un guarda-bosque había encontrado al amanecer, junto al Manzanares, entre los árboles, cerca de la cloaca, el cadáver de un caballero, con una herida de bala en la parte posterior de la cabeza.

El guarda dió parte, acudió el alcalde que acompañaba á la corte cuando ésta iba de jornada, y se reconoció que el caballero muerto era el conde de Pino Rey.

La sensación causada por este asesinato se unió á la sensación, no pasada aún, que había causado el asesinato del marqués de Buena Esperanza, al que se había reconocido al fin, cometido el día anterior en el monte del Pardo.

El autor del segundo asesinato, como el del primero, estaba envuelto en el misterio.

No se conocía enemigo alguno personal del conde de Pino Rey.

Por el contrario, éste estaba muy querido y muy bien quisto en la corte.

Se sabía que gozaba todo el favor del joven soberano.

Se preguntó en la hostería de los Monteros de Espinosa, donde se había aposentado el conde, á fin de encontrar alguna luz sobre aquella desgracia.

Nada supieron decir ni los de la hostería ni los mismos criados del conde, sino que éste se había recogido la noche anterior muy temprano.

Sólo se pudo sacar en claro que cuando, segun costumbre, su primer ayuda de cámara había ido á despertarle á las nueve de la mañana, había encontrado su dormitorio desierto, intacto el lecho y abierta la ventana.

Esto parecía indicar, aumentando el misterio, que el conde no había querido se supiese que había pasado la noche fuera de la hostería, que para ello se había descolgado por la ventana, debajo de la cual había una reja que facilitaba, tanto la bajada como la subida, y que no había podido volver.

¿Se trataba de un duelo?

Pero en un duelo el conde no hubiera sido herido en la nuca.

Además, el cadáver del conde se había encontrado vestido con un grande esmero.

El primer ayuda de cámara del conde declaró que él no había vestido á su amo como se le había encontrado; que su amo, despues de haberse encerrado en su aposento, debia haber cambiado de traje por sí mismo.

¿Se habia atraído con algun engaño al conde?

Nada se sabia.

No podia atribuirse á ladrones el asesinato, porque no los habia á los alrededores de Madrid en muchas leguas, y porque se habian encontrado sobre el cadáver del conde algunas alhajas de gran valor.

Cuando la reina madre Isabel Farnesio supo á las once del dia este suceso con todos los detalles que para aclararle se habian podido recoger, quedó profundamente pensativa.

—¡Junto á la cloaca, á la orilla del Manzanares, entre los árboles!—murmuró:—¡el conde, ataviado de gala! ¡como quien va á la cita de una dama! Yo sabré lo que es esto.

Mandó llamar á Cascajares.

Este habia vuelto á palacio antes del dia, entrando en él secretamente.

Habia dejado á su mujer en la Casita Blanca cuidando de Aurora, que no habia despertado aún.

Cuando Cascajares recibió la orden de presentarse inmediatamente á la reina madre, se previno.

Cuando se presentó á Isabel Farnesio, ésta se encerró con él.

—Tú no me has mentido nunca,—le dijo la reina,—ó al ménos yo lo he creído así.

—Yo no me atrevería á engañar á vuestra majestad,—contestó humildemente Cascajares.

—Tú eres un pícaro capaz de todo,—dijo la reina.

—Yo he servido siempre lealmente á vuestra majestad.

Isabel Farnesio dejó ver una ligera indicacion de impaciencia, porque la respuesta de Cascajares habia sido una de las que pudieran llamarse de dos filos.

—Entre ayer y hoy,—dijo la reina,—se han cometido dos asesinatos misteriosos; ¿sabes tú algo acerca de ellos? á mí me parece que esos dos asesinatos se enlazan.

—Acerca de esos dos crímenes, señora,—contestó de una manera completamente natural,—yo no sé más que lo que se dice de fama pública.

—¿Nada absolutamente más?

—Nada, señora.

—Es muy extraño que ayer matasen al marqués de Buena Esperanza dentro de un monte real, cercado y poblado de guarda-bosques, y no es ménos extraño que se haya encontrado esta mañana al conde de Pino Rey asesinado y vestido de gala *cerca de la cloaca del Pardo*.

—La reina acentuó de una manera marcadísima las palabras que hemos subrayado.

—Verdaderamente,—dijo Cascajares, siempre con la mayor naturalidad,—esos dos sucesos son muy extraños.

—¿Y no sabes tú nada acerca de cierta dama que debió entrar en el monte con el marqués de Buena Esperanza, segun parecia indicarlo un caballo con jaeces á propósito para que le montase una señora, que se encontró con el caballo del marqués junto á su cadáver?

—Nada, señora.

—¿Dónde has pasado la noche, Pedro?

—En mi cuarto de palacio, señora,—dijo Cascajares.

—Bien: espérame esta noche en tu cuarto.

—Muy bien, señora.

—Vete.

Cascajares salió, murmurando:

—Esto se complica: ¿habrá adivinado la reina?... ¿habrá sorprendido algo?... No importa: en todo caso, la tengo bien sujeta: pero conviene defenderse hasta el último extremo.

Apenas habia salido Cascajares, cuando la reina madre recibió un aviso de que el rey don Luis estaba allí y deseaba verla.

Isabel Farnesio recibió inmediatamente á su hijastro, con el cual no la ligaba un grande afecto.

A primera vista comprendió que el rey estaba fatigado y como espantado.

Algo de un disgusto feroz, mal encubierto, aparecia en su semblante.

Luis I se habia modificado,

No era el mismo hombre que anteriormente.

Sin duda habia pasado por alguno de esos gran-

des acontecimientos que cambian el carácter de las personas.

—Y bien, hijo mio, —dijo la reina:—¿cómo has pasado la que puede llamarse tu segunda noche de bodas?

—¡Oh! ¡soy muy feliz, señora!—dijo el rey:—¡la reina es un ángel!

El rey era harto inexperto para mentir con aplomo, y la reina madre demasiado experimentada para no conocer que el rey mentía.

—Es verdaderamente sensible,—dijo la reina,—que la felicidad de que todos gozamos estos días viéndote feliz, se haya nublado algun tanto por el pesar que debe haberte causado una reciente desgracia: ya sabemos cuánto amabas á ese pobre conde de Pino Rey.

—En efecto, señora,—dijo don Luis, cuya contrariedad crecía;—ese deplorable suceso me desespera.

La reina no tuvo duda de que al rey le espantaba aquella muerte.

Por consiguiente, tenía parte en ella.

¿Y cómo podía tenerla sino á causa de la reina? Isabel Farnesio, sin embargo, no aventuró ni una sola palabra más.

—Es necesario conformarse con la voluntad de Dios,—dijo:—un buen servidor, tal como el conde lo era para tí, es siempre una pérdida irreparable: y bien, es necesario sobreponerse á ello: los reyes hemos nacido para sufrir más que los otros.

—Es verdad, señora, que sobre el trono se sufre mucho,—dijo el rey;—aun no hace cuarenta y ocho horas que ciño la corona, y ya me fatiga.

—Eres aún demasiado jóven, hijo mio; ya te acostumbrarás á soportar el peso de tu destino.

—O tal vez, como mi buen padre ha renunciado su corona en mí, yo la renuncié en mi hermano Fernando, en vuestro hijo.

—No hablemos, no hablemos de esto, amado Luis mio,—dijo la insinuante y doble pamesana;—tú estás demasiado triste, y has venido á consolarte sin duda en mi compañía.

—No, no señora,—dijo el rey,—he venido á pedir á vuestra majestad una merced.

—¡Majestad! ¡merced, señor!—dijo sonriendo la reina de una manera adorable y con la expresion de un dulce reproche;—vuestra majestad puede hacerme conocer sus órdenes, y yo me apresuraré á obedecerlas.

E Isabel Farnesio abarcó con sus dos manos la cabeza del rey, y le besó en la boca.

—Veamos,—dijo la reina tras aquel beso;—¿qué quieres de mí?

—Se trata de una huérfana, madre mia.

—¡De una huérfana!—dijo con extrañeza la reina.

—Sí, si señora: de una huérfana á quien yo estimo mucho.

—¡Ah!

—Sí, si señora: y aun pudiera decíroslo en confianza: á quien amo con toda mi alma.

—¡Luis!

—¡Ah, señora! ¡debilidades!—dijo el rey;—¿hay acaso alguna criatura que no pueda acusarse de una debilidad?

Pareció como que Isabel Farnesio no había comprendido la acerada pregunta del rey.

—¿Y qué huérfana es esa?—dijo la reina, mostrándose vivamente interesada, pero no sin turbarse.

—Ayer, no se sabe por quién, ni cómo, ni por qué, fué asesinado en el monte del Pardo un gitano, que cubría su natural origen bajo el sobrenombre de marqués de Buena Esperanza.

La reina no pudo contener una ligera contracción.

—Y bien,—dijo.

—La huérfana de que se trata,—añadió el rey,—es *la hija de ese marqués gitano*.

El rey había acentuado fuertemente sus últimas palabras.

A su despecho, la reina palideció.

—Yo debo acusarme en cierto modo de la muerte de ese hombre,—dijo el rey;—sin mí, sin la orden de que yo le había provisto, no hubiera podido entrar en el monte del Pardo, y no hubiera sido asesinado.

—Es decir que tú...

—Sí; el marqués era ambicioso: me había hecho conocer á su admirable hija; se había convenido que el marqués me la presentara en la Casita Blanca del

monte; y observad, madre mia, junto á esa casita cabalmente fué asesinado el marqués.

—¿Y no has podido tú saber?... —

—¿Quién fuera el asesino?... no... tal vez algun amante celoso; tal vez alguno de los de mi córte, porque á no ser de mi córte no hubiera podido encontrarse ayer en el monte del Pardo.

La reina estaba fuertemente contrariada.

La ruda y agresiva franqueza del rey sólo estaba cubierta por una forma demasiado trasparente.

El rey se habia trasformado de todo punto; las pasiones, y pasiones que habian producido algo lúgubre, habian cambiado al niño en hombre.

—Y bien,—dijo la reina.

—Yo habia mandado á Cascajares preparar un almuerzo en la Casita Blanca; Cascajares estaba allí cuando sobrevino la desgracia: oyó el estampido de un arma de fuego, salió, y vió dos personas por tierra y dos caballos sin ginete: acudió, la una de aquellas personas era el marqués de Buena Esperanza muerto; la otra su hija Aurora desmayada: Cascajares la levantó y la condujo á la Casita Blanca; la ocultó en ella y me avisó.

—¿Y Cascajares vió al asesino?

—Nada vió; el asesino habia desaparecido.

—¿Has hablado tú con esa jóven?

—Sí, señora; he cenado anoche con ella.

—¿Has... cenado... con ella?

—Sí, señora.

—¿Es... pues... tu amante?

—Ella ama á otro.

—¿A quién?

—Es un secreto; yo le he respetado; ella me ha suplicado os ruegue la tomeis bajo su proteccion, y la admitais en vuestra servidumbre; yo os lo ruego, pues, madre mia.

—Y bien, si...—dijo la reina, que estaba visiblemente, á pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, conmovida,—esa jóven puede... sí, indudablemente... puede contar con mi proteccion... yo la nombro mi camarista.

—Gracias, madre mia,—dijo el rey;—pero yo deseo que acabeis de ser bondadosa para con Aurora.

—Veamos.

—Yo no puedo ir á la Casa Blanca, porque inmediatamente despues del almuerzo me vuelvo á Madrid con la reina: como vos y mi augusto padre amais este bello retiro y permanecereis en él, yo os ruego vayais vos misma á sacar de su escondite á Aurora: Cascajares y su mujer se quedarán para que podais servirlos de ellos.

—Iré, iré, y cuanto antes,—dijo la reina.

—Pues bien, madre mia; yo os doy las gracias con todo mi corazon, y adios; mi buena esposa me espera para almorzar.

Y el rey besó á su madrastra en la boca, y escapó.

—¡Ah! ¡lo sabe todo, todo! ¡su mirada, sin que él pudiese evitarlo, amenazaba! ¡oh! pero afortunadamente me teme. ¡Y el amor de Aurora! ¡Jacinto

muerto!... ¡mejor! ¡empezaba á inspirarme recelos!
¡ah, señor rey don Felipe! Vos renunciáis á vuestro
soñado trono de Francia, á un trono que jamás pue-
de ser vuestro, y recobraréis, mal que os pese, vuestro
buen trono de España.

Isabel Farnesio inclinó la cabeza sobre el pecho,
y quedó por algunos momentos profundamente pen-
sativa.

Al fin levantó la cabeza.

En sus ojos ardia algo terrible.

—Jacinto, el miserable me ha hecho traicion,—
exclamó con voz ronca;—sí, Aurora lo sabe todo...
todo... el rey Luis lo sabe todo por ella... ¡ah! y
un celoso me ha libertado de Jacinto... un celoso...
Aurora ama... ¿y á quién? al conde de Pino Rey...
harto claro me lo ha dejado ver Luis; ¡pero yo no lo
creía capaz de tan negras pasiones!... ¡Ha matado
por celos... y tal vez tambien por su honor!... Luisa
Isabel... ¡ah! era necesario estar ciegos para no ad-
vertir sus marcadas é imprudentes preferencias por
ese fátuo conde... ¡se ha encontrado su cadáver jun-
to á la cloaca!... ¡ah! esta noche no tendré duda al-
guna.

Isabel Farnesio se hizo llevar inmediatamente al
Pardo.

Capítulo LV.

El pañuelo.

Aurora despertó poco después del amanecer.

El narcótico, al pasar sus efectos, no la había dejado más que sequedad en la boca y algo de pesadez en la cabeza.

Sentía además una fatiga cuya causa no podía explicarse, y un enlanguidecimiento dulce.

Por el momento no se acordó de nada.

Se encontró sobre un lecho magnífico, completamente vestida, y cubierta solo por una gruesa, pero ligera colcha de la China.

La luz del día penetraba por una ventana entreabierta.

Junto al lecho, sentada en un sillón, estaba María, la mujer de Cascajares.

Era de una apariencia agradable, sabia hacerse simpática, y Aurora se habia aficionado á ella en las pocas horas que la habia tratado.

Aurora se sentia bien, salvo la sequedad de la boca.

Ya hemos dicho que por el momento no pudo juzgar de nada ni extrañar nada.

—Dadme agua,—dijo á María.

Esta la sirvió.

Mientras fué y vino para servirla, Aurora fué recordando y haciéndose cargo de su situacion.

Cuando volvió María con el servicio de agua, la tranquilidad habia desaparecido del semblante y de la mirada de Aurora.

Bebió con ánsia.

—¿Qué esto?—dijo.—¿Por qué estoy en este lecho?

—Vuecencia cenó anoche con el rey,—dijo María.

Aurora acabó de recordar, y lanzó un grito.

—¡Ah! ¡sí! ¡una infamia!—exclamó.—¿Dónde está el rey?

—Vuecencia se equivoca cuando habla de infamia,—dijo afectando una gran solicitud María;—su majestad se fué anoche inmediatamente despues de encargar á mi marido y á mi cuidásemos de vuecencia.

Aurora acabó de recordar, y llevó vivamente sus manos á su garganta.

Tenia puesto el collar de la reina, cubierto por la parte superior de su traje, completamente cerrado.

—¿Que cuidasen de mí? ¿y por qué?—dijo Aurora.

—Durante la oena habia sobrevenido á vuecencia un grave accidente: su majestad nos llamó: nosotros trasladamos á vuecencia á esta cámara.

—¿Y no habeis recurrido á un médico?...

—Su majestad nos habia prevenido que no se llamase á nadie más que en último extremo; además de esto, vuecencia dormia de una manera plácida, y no nos atrevimos á despertar á vuecencia; ni aun á desnudarla me atreví yo; nos redujimos á cubrir á vuecencia con una colcha.

Aurora tomó el partido de no preguntar más y parecer aceptar la explicacion que se le daba.

El rey era la única persona á quien dignamente podia pedir una explicacion completa.

—¿Cuándo volverá su majestad?—preguntó Aurora.

—Al mediodía, segun dijo á mi marido para que lo trasmitiese á vuecencia.

—¿Dónde está vuestro marido?

—Su obligacion, aunque con gran sentimiento suyo, es ser llamado á palacio: él hubiera preferido quedarse para servir á vuecencia.

—¡Es extraño!—dijo Aurora,—he dormido bien, y sin embargo, me siento fatigada: esto debe consistir en que he dormido vestida: quiero recogerme otra vez: de todos modos, el rey no vendrá hasta esta tarde.

—¿Quiere vuecencia que la desnude?

—No; me desnudaré yo sola: hacedme el favor de entornar más esa ventana y de salir.

María fué á la ventana, juntó casi sus hojas, corrió las cortinas, y deseando á Aurora un completo descanso, salió y cerró la puerta.

Aurora se desnudó por sí misma y se recogió llena de confusiones.

No sabia si debía considerar al rey como á un infame ó como á un enamorado digno de compasion.

El paroxismo en que habia caído durante la cena podia haber sido, no el efecto de un narcótico, sino un accidente natural.

Habia sufrido mucho durante todo el dia anterior.

Sus nervios se habian sobreexcitado de una manera terrible.

Aurora recordaba que antes de la llegada del rey habia sentido vaguedad en la cabeza, habia habido momentos en que habia estado próxima á un desvanecimiento.

Por otra parte, la astuta María la habia engañado con la gran naturalidad, con la gran sencillez de sus respuestas.

Aurora tenia una gran confianza en su perspicacia, y nada habia visto en María que pudiese calificar de doblez.

La duda, la ansiedad de Aurora eran infinitas.

Sólo el rey podia sacarla de ellas, y era necesario esperar algunas horas al rey.

—Si yo durmiera,—dijo Aurora,—no sentiria las impresiones que me devoran.

Y procuró parar su imaginacion, dormir.

Sentia una especie de soñolencia.

Acaso no habia pasado aún completamente la accion del narcótico.

De improviso pensó Aurora que su sueño podia ser vigilado.

Que durante él podrian descomponerse las ropas, descubrirse su garganta y dejar ver á quien la observase el collar de la reina.

Aurora se quitó el collar y lo ocultó debajo de las almohadas.

Al ocultarle, su manó encontró un pañuelo.

La sangre se le heló á Aurora.

Lo sacó rápidamente y lo examinó.

La luz que penetraba en la cámara, aunque débil, era bastante.

El pañuelo era de batista riquísima.

En sus puntas estaba bordada la cifra L. B. (Luis de Borbon), bajo una corona real.

No habia ya duda: el rey era un infame.

Aurora sintió un frio de muerte; luego un calor y una confusion horribles en la cabeza.

Lanzó un grito inarticulado, y cayó sin sentido sobre las almohadas.

Cuando volvió de nuevo en sí, encontró junto á su lecho algunas personas.

En una de ellas, en la más próxima, que la miraba con ánsia, reconoció á la reina Isabel Farnesio.

Capítulo LVI.

En que continúan las consecuencias del collar de la reina

A pesar de haber pasado la congestion, Aurora se encontraba en un estado muy grave.

Habia vuelto en sí, en el pleno uso de su razon.

—¡Ah, señora!—exclamó en cuanto se vió sola con la reina;—¡vos, que sois mi madre, sí, vos que sois mi madre, protegedme, vengadme!

—Sí, sí, hija mia,—exclamó la reina, uniendo conmovida su semblante lloroso al de la enferma;—sí, yo soy tu madre, y te protegeré, te vengaré, nos vengaremos las dos; pero silencio, Aurora, silencio; es necesario que no hables, que no te agites; los médicos no responden aún de tu vida.

—¿Y qué me importa vivir ó morir,—exclamó Aurora,—si ese miserable ha hecho imposible mi felicidad?

—¡Por Dios y su Santa Madre!—exclamó alterada la reina;—calla, tranquilízate; espera... espera... y piensa en nuestra venganza.

—¡La venganza!—exclamó Aurora, sonriendo de una manera horrible;—sí, para vengarme es necesario vivir; ¡oh! ¡sí! ¡sí! ¡procuremos vivir, porque la vida es la venganza!... ¡Oh! ¡sí! ¡yo callaré, yo me tranquilizaré, yo haré todo lo que se me mande!

Y Aurora se dejó caer sobre las almohadas, y se arrebujó y permaneció inmóvil.

—¡Oh! pero no basta esto; la imaginación, Aurora, la imaginación... es necesario que impongas también silencio á tu imaginación.

—Oh, sí señora, sí; estad tranquila, viviré; la esperanza de vengarme es para mí la mejor medicina, lo conozco; oh, sí; espero tranquila, porque me vengaré, y de una manera horrible.

Aurora guardó silencio y cerró los ojos.

La reina se sentó junto al lecho, y guardó silencio.

Isabel Farnesio había llegado á la distancia de un tiro de fusil de la Casita Blanca.

Allí mandó parar el carruaje y que la aguardase la escasa servidumbre que la había acompañado, y adelantó sola.

Nadie extrañó esto.

Isabel Farnesio, para tener más libertad, había acostumbrado á su servidumbre á sus largos paseos solitarios.

Cuando llegó á la Casita Blanca encontró á Ma-

ría, que estaba aterrada y sin saber qué hacerse.

Habia encontrado sumida en el letargo de la congestión á Aurora, y estaba sola.

Su marido no podía llegar hasta la tarde.

La reina se vió empeñada en un terrible compromiso.

Sin embargo, salió de él como pudo.

—Id, id vos misma,—dijo á María;—buscad al guarda-bosque Simon, y traedle.

El viejo Simon gozaba de la confianza de Isabel Farnesio.

Muchas veces su solitaria cabaña habia encubierto conspiraciones de la reina, de las cuales habia sido constantemente la victima el débil Felipe V.

Por fortuna, María encontró muy pronto al viejo guarda-bosque y le condujo á la Casita Blanca.

—Mi buen Simon,—dijo la reina,—Hortaleza está cerca; salte por la portillera de los Tres Cantos; tráete el médico y el barbero; dí que son para una señora que se ha puesto mala en el monté, y que se necesita que vengan al momento: encárgales el secreto: diles que se les pagará á peso de oro.

Simon partió, y media hora despues volvió con el médico y con el barbero de Hortaleza.

Habia montado á caballo, y se habia traído del pueblo á caballo á aquellos dos individuos.

La primera sangría no sirvió de nada, y el médico puso muy mala cara.

A la segunda volvió, en fin, en sí Aurora.

Ya hemos visto lo que la reina y Aurora habian hablado.

Aurora permaneció en silencio con los ojos cerrados y al parecer tranquila, durante un cuarto de hora.

Al cabo de él, la reina, que no cesaba de observar la con ansiedad, creyó que verdaderamente dormia.

Mandó entrar al médico.

Este examinó á Aurora.

—Casi, casi,—dijo el médico,—me atrevo á responder de su vida,—dijo.

—Salvadla,—exclamó la reina,—y esperadlo todo.

—La naturaleza, señora, es más poderosa que la ciencia,—dijo el médico,—porque la naturaleza es Dios; duerme fácilmente, suda de una manera natural; la reaccion aparece: tenemos enferma.

—¿Podré separarme sin cuidado algun tiempo de ella?

—¡Oh! indudablemente, señora.

—Quedaos vos aquí: en el momento que lo creais necesario, advertidme.

—Vaya vuestra majestad descuidada, señora.

La reina salió.

Cascajares habia llegado poco antes, y estaba inquieto.

—Ven,—le dijo la reina.

Cascajares siguió á Isabel Farnesio á otro aposento.

Apenas estuvieron en él, cuando la reina sacó de

un bolsillo el collar de la reina y el pañuelo del rey que habia encontrado en el lecho que ocupaba Aurora.

Cascajares palideció.

Su larga experiencia le hizo comprender claramente que estaba comprometido de una manera muy grave.

Sabia bien de cuanto era capaz Isabel Farnesio, y no sabia por cuánto estaba interesada en aquel negocio.

—Este collar y este pañuelo unidos,—dijo Isabel Farnesio,—representan dos asesinatos; ¿qué puedes decir acerca de ellos?

—Acerca del que aconteció ayer á estas horas junto á esta casa, sólo puedo decir á vuestra majestad que socorrí á esa señorita y avisé á su majestad el rey.

—¿Y respecto al otro?

—¿A cuál, señora?

—Al del conde de Pino Rey.

—Repito lo que dije á vuestra majestad esta mañana: nada sé.

—¿Por qué obligarme,—exclamó la reina,—á hacerme reconocer las puertas secretas de aquella comunicacion de palacio? Yo conoceré si se han abierto recientemente, y como estas puertas no han podido abrirse sino por tí, y para dar paso á alguien, claro está, no sólo que tú sabes perfectamente por qué ha sido muerto el conde de Pino Rey; sino que quien lo ha muerto ha sido tú.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Este collar y este pañuelo unidos,
representan dos asesinatos.

—Y bien, señora, y bien,—dijo Cascajares;—suponiendo que ese fuese yo, no habria hecho otra cosa que obedecer siempre.

—¡Obedecer siempre!—dijo la reina;—pero cuando me has obedecido no has cometido crimenés, no has vertido sangre.

—Vuestra majestad no se ha visto nunca en una situacion semejante,—dijo Cascajares.

—Resulta que tú has servido á dos personas á la vez; mientras el rey estaba aquí, el conde de Pino Rey estaba en palacio.

—Ignoro, señora, quién ha podido revelar á vuestra majestad tales cosas, puesto que los muertos no hablan.

—Pero hablan las prendas que dejan tras sí los sucesos. Antes de ayer la reina dió en las fiestas reales como premio, y en un momento de impremeditacion y de olvido de sí misma, este collar al conde de Pino Rey.

La reina señaló el collar que habia puesto sobre un velador junto al pañuelo.

—Examina bien ese collar,—dijo á Cascajares.

—Sí, sí señora,—dijo éste,—ya hace rato que he visto en el medallon de ese collar el retrato en esmalte de su majestad la reina.

—Pues bien,—dijo Isabel Farnesio,—yo he encontrado aquí en mi antigua cámara, en el lecho donde yacia postrada y gravemente accidentada una desgraciada jóven, junto á ella, ese collar de la reina y ese pañuelo; examínale tambien, Cascajares.

—Sí, sí, ya he visto,—dijo éste,—por la cifra y por la corona real, que ese pañuelo ha pertenecido á su majestad el rey reinante.

—¿Y no conoces tú que teniendo la noticia de esos dos asesinatos que han tenido lugar con pocas horas de diferencia, yo he encontrado en ese collar de la reina, en ese pañuelo del rey, juntos al lado de una hermosa jóven, mortalmente accidentada, toda una historia que ha producido tambien el accidente de esa jóven? Pero yo no veo más que en embrion esa historia; necesito conocer los detalles; la situacion es gravísima, hay que saber á qué atenerse; de aquí pueden sobrevenir consecuencias incalculables. Habla, Cascajares, habla; nada temas, por el contrario, espéralo todo.

—He sido seducido por las promesas de su majestad la reina.

—¿Quién ha servido de intermediaria? Porque aquí debe haber una intermediaria. De seguro la reina no se ha dirigido directamente á tí.

—Me ha hablado en nombre de la reina la azafata viuda de Navas Muertas. Me ha dicho que la reina habia cometido una imprémeditacion al dar una prenda antes de ayer, en premio de su valor en las fiestas reales, al conde de Pino Rey, que esta prenda se habia reclamado al conde, que el conde se habia excusado, que la reina tenia necesidad de verle secretamente.

—Bien, bien,—dijo la reina;—y tú para ello te has valido de la comunicacion secreta.

—Sí, señora; yo creía hacer un gran servicio á vuestra majestad.

—¿A qué hora entró el conde de Pino Rey en palacio?

—Como á las doce de la noche.

—¿Por dónde entró?

—Por mi aposento.

—¿Cuándo vió á la reina?

—Lo ignoro, señora; yo dejé al conde en aquel pequeño aposento que vuestra majestad conoce.

—¿Cómo es que el rey se encontró aquí al mismo tiempo que el conde estaba en palacio?

—Apenas dejé en el aposentillo al señor conde, me fui á buscar á su majestad el rey, que me habia dado orden de ir á su cámara á la media noche.

—¿Por dónde entraste?

—Por las escalerillas de la mayordomía mayor.

—¿Por dónde salió el rey?

—Por las mismas escalerillas, por el patinillo, por los jardines, por el postigo.

—¿Iba el rey encubierto?

—Sí, señora.

—¿Le esperaba esa jóven?

—Sí, señora.

—¿Esa jóven, pues, ama al rey?

—¡Ah! No, no señora; yo no lo creo.

—¿Cómo, pues, he podido yo encontrar el pañuelo del rey junto á ese collar?

—Yo amo á su majestad, señora; yo sabia por lo que á su majestad habia oido, cuán interesado esta-

ba por esa dama. Vuestra majestad sabe que el rey es delicado, que tiene muy poca salud, que es violento, que una grave contrariedad podia serle funestisima; me permití poner en uno de los platos una composicion de ópio, y la servi á esa dama.

—Verdaderamente,—dijo la reina con un acento breve y seco,—tienes un gran celo por la salud del rey. ¿No tenia el rey conocimiento de que esa jóven debia tomar un narcótico? Dime la verdad, Cascajares; esto importa mucho.

—No, no señora,—dijo Cascajares;—aquello fué absolutamente obra mia, y tanto, que cuando el rey vió que esa señora empezaba á aletargarse, cuando ella al sentir los principios de su letargo habló de traicion y de infamia, el rey se irritó de tal manera, que no encontrando su espada, echó mano á una botella, y me la lanzó. Sobre la tapicería del comedor ha quedado, para probar mi dicho, una gran mancha de vino. Yo habia escapado ileso por milagro. A poco el rey me llamó, y me dijo:

—Mata al conde de Pino Rey, mátales cuanto antes; y al decirme esto, el rey estaba trasportado de furor.

—¿Tenia la garganta descubierta esa jóven?—dijo la reina.

—No, señora.

—Y bien, no importa; el rey habia visto ese collar, le habia reconocido, habia comprendido que el conde de Pino Rey habia hecho una expresion de amor con el collar de la reina á esa dama. La histo-

ria está ya completamente clara; sólo necesito saber una cosa. ¿Vió el conde á la reina?

—Sí, señora. Yo fui inmediatamente despues de recibir la órden del rey de hacer matar al conde de Pino Rey, á palacio, al aposentillo oculto; estaba desierto, á poco llegó el conde, yo le habia sentido subir.

—¿Sabe el rey que el conde y la reina se han visto?

—No, señora.

—¿Sabe el rey que existe esa comunicacion secreta en palacio, por la cual puede entrarse hasta la cámara de la reina, y de la cual puede salirse por la cloaca del Pardo?

—No, señora.

—¿El conde salió por la cloaca?

—Sí, señora.

—¿Murió inmediatamente que salió?

—Sí, señora.

—Pues bien; si tú no quieres morir, Cascajares, que el rey no sepa que el conde difunto ha entrado anoche en palacio.

—¡Ah! ¿cómo puede saberlo, señora? Eso nos comprometeria gravemente á la viuda de Navas Muertas y á mí, y estamos demasiado interesados en guardar el secreto.

—La viuda de Navas Muertas es una estúpida, de la que hay que temerlo todo. La reina ha sido demasiado imprudente, demasiado ligera. Componte como puedas, Cascajares; pero ya que has entrado en

ese camino, procura que cuanto antes enmudezca la viuda de Navas Muertas.

—Muy bien, señora.

—¿Sabe esa jóven que el conde de Pino Rey ha muerto?

—No, no señora,—dijo Cascajares;—nadie ha podido decirselo; cuando yo volví á dar parte al rey de que el conde habia muerto, su majestad, que me esperaba paseando en el comedor, volvió inmediatamente conmigo á palacio.

—¿Sabe el rey cómo ha sido muerto junto á la cloaca del Pardo el conde?

—No, señora; su majestad está espantado del hecho; me preguntó, pero yo le declaré que aun á riesgo de mi vida guardaria el secreto.

—Pues bien; guárdale siempre, Cascajares, y en adelante sé más prudente; que nadie más conozca esa comunicacion secreta. Si la reina se vale en adelante de tí, avisame; ten en cuenta que una nueva traicion tuya te podia costar muy caro; véte.

Cascajares salió aturdido.

No le gustaba absolutamente la intervencion de la reina madre en aquellos sucesos.

Lo repetimos: sabia bien de cuanto era capaz la reina Isabel Farnesio.

Conocia lo grave de la situacion política, y se veia con temor mezclado en ella.

Tal vez un dia, acaso muy cercano, la reina madre diria á alguien:

—Es necesario que Cascajares enmudezca.

Estos temores habian puesto de muy mal humor á Pedro Cascajares, y su despierta imaginacion empezaba á buscar una intriga que le salvase.

No sabia por qué decidirse, ni quién era el gran poder del momento.

¿El rey?

Reinar es poder, poder de una manera infinita.

Pero para poder reinando, es necesario saber ó ser bien dirigido.

Un rey no puede ser dirigido más que por una grande influencia.

¿Quién era la grande influencia que Cascajares encontraba de lado del rey?

Aquella influencia lo habia sido el conde de Pino Rey.

Una torpeza le habia matado.

Pero quedaba al lado del rey una influencia infinitamente mayor que la que lo habia sido la del conde de Pino Rey.

Esta influencia era la de Aurora.

Cascajares sabia bien que el rey estaba loco por ella.

¿Cómo se podia usar de la influencia de Aurora?

Cascajares no lo sabia bien; necesitaba esperar, estudiar á la jóven.

Ella no amaba al rey.

Por lo que se desprendia de los hechos, habia sido amante del conde de Pino Rey.

Ella debia saber muy pronto la muerte de éste.

Ella debía atribuir aquella muerte á una venganza del rey.

Ella debía sentir una necesidad de vengarse.

Ella no podia disponer para vengarse de otra persona que de él mismo.

—Y bien; esperemos, observemos; hagamos lo que aconsejen las circunstancias,—dijo al fin Cascajares.—Todo no está perdido; me encuentro entre dos poderes terribles, entre la reina madre y entre esa señora, que hará lo que quiera del rey; pero es posible, muy posible, que las dos tengan acerca del rey el mismo objeto, sientan el mismo deseo.

Y Cascajares, dando vueltas en su imaginacion á todas estas cosas, se metió en la cocina, es decir, en su habitacion natural.

Capítulo LVII.

El consejo de la serpiente.

Pasó la tarde.

El médico de Hortaleza declaró á Isabel Farnesio que Aurora, gracias á una reaccion favorable, estaba completamente fuera de peligro.

—Yo,—dijo la reina á Aurora,—me separo de tí en beneficio tuyo; pero no estaré separada mucho tiempo: volveré esta misma noche; te dejaré eficazmente recomendada á Cascajares.

—¿Adónde vais, señora?—preguntó la jóven con un vivísimo interés.

—A Madrid.

—¿Podreis hacer, señora, que el conde de Pinar Rey sepa de mí?

—Indudablemente,—contestó la reina.

—Salvadme, señora, salvadme. Es necesario que el rey sepa que vos me protegéis.

—No necesita saberlo el rey, porque yo se lo diga, lo verá; pero no puedo detenerme, hija mia: reposa tranquila; es necesario que te restablezcas; yo estaré aquí antes de la media noche.

—Adios, madre mia,—exclamó Aurora, echando sus brazos al cuello de la reina.

—Adios, hija de mi alma,—exclamó Isabel Farnesio, besando á Aurora.

Esta sintió caer sobre su semblante algunas lágrimas de la reina.

Isabel Farnesio, sin tocar en el Pardo, se fué á Madrid.

Hacia mucho tiempo, que aunque viviendo en un mismo sitio, en un mismo palacio, Isabel Farnesio y Felipe V hacian una vida completamente independiente.

No se entendian bien.

A la muerte del duque de Orleans, regente de Francia, habia recibido el rey á algunos personajes franceses, entre ellos algun jesuita.

El rey habia cambiado de improvisó.

Hasta entonces Isabel Farnesio y Alberoni habian sido el gobierno.

Apenas si se consultaba al rey.

Pero de improvisó, Felipe V cambió y mostró un carácter que hasta entonces habia tenido oculto.

De resultas de una escena entre Felipe V y su confesor el abate Daubenton, que servia completa-

mente á Isabel Farnesio y Alberoni y les ayudaba á influir sobre el rey, tomó tal sofocacion el abate, que murió de congestion cerebral á las pocas horas.

Hé aquí lo que habia pasado entre el rey y el padre Daubenton.

Hacia ya tiempo que Felipe V sentia repugnancia á los negocios.

Melancólico y débil de la cabeza, retirado con mucha frecuencia en el palacio de la Granja, que habia hecho construir junto á Balsain, habia dado ocasion á que en la córte de Versalles se dijese que se habia vuelto loco.

El consejo de Estado, del cual hacia muchos años no se servia, estaba casi extinguido.

Le acompañaba únicamente en su retiro la reina, puesto que el príncipe de Astúrias y los otros infantes se quedaban en Madrid cuando el rey se iba á Balsain, al Escorial, al Pardo ó á Aranjuez.

Esta aficion del rey á la soledad habia hecho nacer la opinion del mal estado de la cabeza del rey.

El secretario de Estado, marqués de Grimaldi, y el padre Daubenton, confesor del rey, habian cargado con el peso del gobierno, y no bastaban para regir una monarquía tan vasta y para llevar á buen término tantos y tan graves asuntos como dificultaban la política en España.

Isabel Farnesio, siempre activa y enérgica, hubiera podido servir de mucho en aquella situacion difícil por el alejamiento del rey de los negocios; no se atrevió á mezclarse en nada, porque sabia bien

que el rey no estaba abatido, sino que, por el contrario, se habia manifestado en él un carácter nuevo, y que si amaba la soledad, era porque en ella veia, sin ser espiado, á los agentes que venian de Francia.

Todo el mundo se engañaba ménos la reina, que habia creído prudente esperar los acontecimientos.

Esto acontecia despues de la caida de Alberoni y antes de la muerte del duque de Orleans.

Se decia que la vieja princesa de los Ursinos era el alma de la oscura intriga que se libraba entre la Granja y Versailles.

A la influencia de la princesa se creia se habia debido tambien la caida del cardenal Alberoni, caida ruidosa é imprevista, que habia tenido lugar cinco años antes, en 1719.

La manera habia sido ruda.

El rey se habia negado por la primera vez á recibir al cardenal Alberoni, y á la mañana siguiente, 5 de Diciembre, salió para el Pardo en compañía de la reina, habiendo dejado por la noche firmado un decreto escrito de su puño y letra, que encargó al secretario del despacho don Miguel Fernandez Durán, marqués de Tolosa, notificara á Alberoni.

El decreto decia así:

«Estando continuamente inclinado á procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los tratados honrosos y convenientes que puedan ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una

obra de la cual depende tanto el bien público, como asimismo por otras justas razones, he juzgado á propósito el alejar al cardenal Alberoni de los negocios de que tenia el manejo, y al mismo tiempo el darle, como lo hago, mi real orden para que se retire de Madrid en el término de ocho dias, y del reino en el de tres semanas, con prohibicion de que no se emplee más en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la córte, ni en otro lugar donde yo, la reina ó cualquiera otro principe de mi real casa se pudiese hallar.»

Alberoni primero, y todos los que estaban en la marcha de la política, vieron en este decreto del rey la mano vengativa de la princesa de los Ursinos, que aunque retirada en Roma, estaba en continua comunicacion con los enemigos del regente de Francia.

La caida de Alberoni fué moralmente la caida de Isabel Farnesio.

Algo más adelante, la muerte del abate Daubenton probó á Isabel Farnesio cuánto habia cambiado el rey, y cuánto era firme la resolucion que habia tomado.

Hé aquí la causa de aquella muerte:

Felipe V trataba verdaderamente como su confesor al abate Daubenton.

Hacia ya algun tiempo que Felipe V recibia secretamente personajes politicos franceses.

La salud del jóven rey Luis XV era muy delicada.

Los médicos habian augurado que viviria muy poco.

Quebrantada estaba tambien gravemente la salud del viejo duque de Orleans, regente de Francia.

Felipe V se habia arrepentido de haber aceptado la corona de España.

Francés de corazon, preferia la de Francia.

Para ponerse con tiempo en disposicion de aprovechar la muerte presagiada por los médicos del joven Luis XV, para poder presentarse como con derecho á la corona de Francia, Felipe V habia pensado renunciar en su hijo, el príncipe de Asturias, la corona de España.

Esto no convenia á Isabel Farnesio ni á Alberoni, á quienes servia ciegamente el abate Daubenton, que al mismo tiempo servia cerca del rey al regente de Francia.

Felipe V era meticulosamente católico, y como por otra parte tenia gran confianza en su confesor, le habia confiado su propósito de abdicar en su hijo y le habia manifestado las razones que tenia para ello.

El abate Daubenton, sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió al duque de Orleans lo que el rey le habia revelado en el secreto de la confesion, y el regente, obtando en aquellas circunstancias por la política de la franqueza, que es la más terrible de las políticas, remitió original á Felipe V la carta que le habia escrito el padre Daubenton.

Irritado é indignado Felipe V, al ver que su confesor, en quien de tal manera habia confiado, habia vendido su secreto, le llamó y le dijo:

—*No estais contento de haber vendido lo que ha*

pasado por vuestra mano; sino que venís á vender á Dios por venderme á mí. Retiraos, y no volvais más á mi presencia.

Dicho esto, el rey volvió la espalda al abate y se salió de la cámara.

Tal impresion habia causado esto en el confesor, que cayó sin sentido.

Se lo llevaron al Noviciado de los jesuitas de Madrid, donde vivia, y á las pocas horas murió á consecuencia de la congestion cerebral que le habia acometido.

Astuta, pues, y experimentada Isabel Farnesio, renunció á la política.

Se consagró á cuidar del rey, acompañándole siempre en su retiro, y haciendo, hasta cierto punto, una vida independiente.

Sólo acudia á la cámara del rey cuando la melancolia, que inspiraban á Felipe V los cuidados y los temores de su ambicion, se agrababa y le postraba en el lecho.

Fuera de estas ocasiones y de los imprescindibles actos de la etiqueta, la reina permanecia en su cuarto, como el rey permanecia en el suyo.

Con frecuencia trascurrían muchos dias sin que los régios esposos se viesén.

Isabel Farnesio, pues, gozaba de una cierta libertad, y se aprovechó de ella para trasladarse á Madrid en aquellas graves circunstancias.

No sabemos qué informes y horribles proyectos se agitaban en el pensamiento de la terrible pamesa-

na, irritada por la caída de Alberoni, que era su propia caída.

El logro de la ambición de Felipe V, esto es, de su exaltación al trono de Francia por la muerte probable del enfermizo Luis XV, la aterraba.

Felipe V, esto era indudable para ella, debía acabar de transformarse, y esta transformación podía ser, ó la perpétua esclavitud de Isabel Farnesio, ó tal vez una desgracia más lúgubre.

Era necesario que antes de que muriese Luis XV, el rey don Felipe volviese á ceñir la corona de España y á imposibilitarse por un acto solemne de pretender la corona de Francia.

En los amores de Luis I con Aurora, en los de la reina con el conde de Pino Rey, en el asesinato de este último, encontraba la intrigante Isabel Farnesio una intriga horrible que dirigir, que explotar. ¿Qué importaba lo siniestra, lo criminal, lo monstruosa que pudiera llegar á ser esta intriga?

La princesa de los Ursinos había muerto en Roma en mil setecientos veintidos, poco después de haber conseguido el principio de su venganza contra Isabel Farnesio y Alberoni.

Isabel Farnesio se veía libre por esta parte de la influencia y del talento de aquella vieja y experimentada mujer de Estado.

Alberoni desde el extranjero podía ayudar á Isabel Farnesio.

Su influencia en la política europea era mayor

que la de los enemigos del duque de Orleans, que á su vez tendia á la corona de Francia.

Por horribles que fuesen los proyectos que habian nacido en el sombrío pensamiento de Isabel Farnesio, á causa de la situacion íntima, oscura, en que se encontraba el jóven Luis I, Isabel Farnesio se decidió á obrar de tal manera, que aquellos proyectos la llevasen al fin que se habia propuesto.

Perdidas sus esperanzas á la posesion del trono de Francia, Felipe V debia volver á ser lo que habia sido antes: una sombra sobre el trono.

Isabel Farnesio y Alberoni, repuesto en su antiguo poder, debian dominarlo todo.

La corona de España vendria un dia al infante don Cárlos, hijo primogénito de Felipe V y de Isabel Farnesio.

De tal manera se habia agitado el pensamiento de la pamesana, que necesitó de toda su fuerza de voluntad para dominar la fiebre que la habia acometido, y presentarse tranquila, impenetrable, á la jóven reina.

Esta oyó con extrañeza como á las ocho de la noche, que la reina madre debia llegar de un momento á otro del Pardo y deseaba hablarla.

Esta noticia la habia llevado un correo que habia adelantado á Isabel Farnesio.

Maria Luisa Isabel se preparó.

La muerte terrible, inesperada del conde de Pino Rey, al mismo tiempo que la habia desesperado, la habia aterrado.

Aquella noticia se la habia dado el rey mismo aquella mañana.

—¿Qué decis de la desgracia que nos sucede, señora?—la habia preguntado Luis I, que parecia descompuesto y como agobiado por un peso moral enorme.

—¿A qué desgracia os referis, señor?—habia preguntado la reina.

—Acaban de darme parte,—contestó el rey,—de que nuestro muy querido conde de Pino Rey ha sido encontrado muerto con un tiro en la cabeza entre unos árboles al lado del rio. Se añade que el conde estaba ataviado de una manera muy cuidadosa; alguna imprudente aventura amorosa, que ha causado la muerte á ese pobre loco.

Y por más que el rey habia querido contenerse, la reina habia visto en sus ojos toda una revelacion.

Era un niño, y un niño violento.

La reina habia visto en aquello una venganza, un castigo.

¿Pero quién habia podido conocer aquél secreto? ¿Quién habia podido revelarlo al rey?

Cuando la anunciaron la visita de la reina madre, la jóven reina creyó haber encontrado la mano misteriosa que habia dirigido los hilos de aquella sangrienta intriga.

Cuando entró Isabel Farnesio, no pudo contener un movimiento de impaciencia, y se inmutó.

—Vengo á traeros una prenda que os pertenece, señora,—dijo Isabel Farnesio, sacando de debajo de

la especie de manteleta que la envolvía, un estuche.

—¡Una prenda que me pertenece, señora!

—Sí, sí ciertamente,—dijo Isabel Farnesio;—una prenda que antes de ayer disteis impremeditadamente á un caballero en las fiestas reales.

La reina se puso densamente pálida.

Isabel Farnesio abrió el estuche en que estaba encerrado el collar de la reina, y se lo mostró.

—Este collar,—la dijo,—á nada os compromete, señora. Vos le disteis con alguna ligereza, es cierto, al conde de Pino Rey; sois muy jóven, estais criada en otras costumbres, y esto os disculpa; una ligereza no es una falta: habeis dado además este collar delante del rey; no es vuestra la culpa de que este collar, por una vuelta que vos no podeis suponer, haya pasado por otras manos hasta llegar á las mias. Las aventuras de este collar han producido un justo y sangriento castigo. Sirvaos esto de enseñanza, señora: yo tengo el deber y el derecho de aconsejaros: no jugueis vuestro porvenir á los dados de la locura. Nada se os puede probar. El rey no sabe que en la cámara de la reina, en el palacio del Pardo, hay un espejo gigantesco que toca al suelo, que se abre, que es, en fin, una puerta secreta. El rey no sabe que esa puerta secreta da á unas escaleras de caracol, que en lo alto comunica por medio de una puerta secreta con la habitacion de uno de los de la baja servidumbre; que en la parte baja termina en un paraje subterráneo que conduce á la gran cloaca del Pardo inmediata al rio, próxima al sitio donde se ha encontrado es-

ta mañana, deshecha la cabeza de un tiro, al conde de Pino Rey: el asesino ha sido prudente; sedlo vos tambien.

La pamesana desplomaba una mirada intensa, fija, severa, sombría, en la reina, que habia acabado por inclinar la cabeza, confundida, aterrada.

—Tomad, tomad este collar, señora,—dijo la reina,—y usadle, usadle cuanto antes, que cuanto antes le vea en vuestra bella garganta el rey, él os preguntará sin duda; querrá saber cómo habeis recobrado ese collar: decidle que ha venido á traéroslo la reina madre.

—¡Oh! bien, señora; se lo diré.

—Pero en vez de coartaros, en vez de confesaros con vuestra confusion culpable, irritaos, preguntad, exigid; mostraos celosa. La inocencia no se confunde nunca, se subleva; no se rinde; acomete; yo os creo inocente, señora, y es necesario que de la misma manera os crea inocente el rey.

—Yo no soy inocente,—exclamó Luisa Isabel;—yo amaba al conde, yo he pretendido salvar mi honra; pero he sido sorprendida, señora, en mi misma cámara; ese hombre, á quien me arrastraba un amor funesto, no ha tenido piedad de mí.

—¡Callad! ¡silencio!—dijo Isabel Farnesio;—á las mujeres nos arrastra desgraciadamente el corazón; somos esclavas, más que el hombre, de nuestras pasiones; pero sobrevienen castigos imprevistos, circunstancias extraordinariamente difíciles, y es necesario que nos sobrepongamos á todo. Olvidaos, pro-

curad olvidar; nada hay que os acuse, ninguna prueba contra vos. Afortunadamente esta desdichada aventura ha venido á mí, que os amo, que os protejo. Seguid mis advertencias, señora; sois bella, muy bella, y os podeis hacer fácilmente amar del rey. Violentaos, aprovechaos de ese mismo desdichado collar: sacad partido de él; mostraos celosa, irritada. Ese collar no he podido devolvéroslo yo sino habiendo pasado por otra mujer.

—¿Y qué mujer es esa?—exclamó sin poderse contener la reina.

—Haced esa misma pregunta, y de la manera que me la habeis hecho, á vuestro esposo, con la expresión de los celos y de la venganza, y todo se habrá resuelto favorablemente para vos; el rey se creerá adorado: es jóven, impresionable, ardiente; sois bellísima... quién sabe, quién sabe, hija mia... ¿no teneis confianza en mí? En los dos años que habeis vivido á mi lado, ¿no habeis tenido en mí el amor apasionado de una madre?

—¡Oh! Sí, sí señora,—exclamó Luisa Isabel.

—Pues bien; seguid mis consejos: dominaos en los principios; yo tengo la seguridad de que llegará un dia en que amareis al rey, en que sereis feliz.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!—exclamó la jóven reina; pero yo no puedo ser ya feliz: mi conciencia se ha ennegrecido; ella me hará ver siempre por todas partes el espectro sangriento de ese hombre.

—¡Ah! El os ha vendido; ese collar es un buen testimonio de ello.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora!—exclamó la reina.

—Para ese hombre,—dijo la implacable Isabel Farnesio,—vos érais un instrumento de ambicion; su amor era otra mujer. Oid, oid; sin voz lo dice demasiado alto ese collar.

La reina no contestó.

Lloraba silenciosamente.

—El rey está irritado, frenético, celoso, si no de amor, de honra: duda, no sabe, supone; vos sois en este momento su idea fija: puede venir de un momento á otro; que os encuentre serena é irritada, pero no desolada.

—Y bien, señora,—dijo la reina,—haré lo que me aconsejais.

—Así lo espero,—dijo Isabel Farnesio,—y confío en que muy pronto probareis buenos resultados. Ahora, adios; temo que el rey nos sorprenda juntas; hasta una nueva vista, en que vos me direis lo que haya sucedido.

Y la reina Isabel Farnesio salió murmurando:

—Se queda con el alma envenenada; ella se vengará de él como pueda.

Isabel Farnesio se volvió al Pardo.

Capítulo LVIII.

Las primeras consecuencias de un amor de vívora.

Apenas habia salido Isabel Farnesio, cuando Luisa Isabel se alzó con una fiereza infinita.

—¡Que me doblegue! ¡que le seduzca! ¡que le embriague! ¡á él, que más por los celos por otra que por su honra, le ha matado! ¡que él no sabe nada!... Sí, si, es posible; esto ha pasado rápidamente; yo no tengo por qué inclinar la cabeza ante nadie: la reina madre tiene razon; yo le di ese collar delante de él; no es culpa mia si él ha hecho mal uso de ese collar. No, no; la que tiene derecho á acusar, á indignarse, soy yo. ¡Ah, si! yo no me debo desprender ya este collar.

Y la reina se despojó de uno de ópalo que tenia puesto, y se puso la siniestra gargantilla.

—¡Ah! si, si; pero en vez de una reconciliacion,

un rompimiento completo; que se irrite, que se em-
peñe, que se enamore, que se apasione, irritado por
mi desden. ¡Ah! no, yo no puedo pertenecer más que
á un solo hombre; mi destino se ha fijado ya: yo soy
una viuda del corazon, una viuda sedienta de ven-
ganza; pero ¡él! ¡él! ¡miserable tambien! ¿Cómo ha
podido el rey volver á ver este collar si no le ha vis-
to en alguna mujer, en una mujer amada por él, á
quien él me sacrificaba? ¿cómo sino por medio de
una mujer, y por una sucesion de circunstancias que
no puedo adivinar, ha podido venir esta prenda á
manos de la reina madre y en un tan breve plazo?...
¡Oh! yo estoy loca; pero me vengaré, sí, me vengará.
Al rey le irrita esto que llaman ligereza: él *se*
lessar aller inocente y espiritual de las costumbres
francesas. Pues bien, señor rey, nos veremos: yo no
he de contrariar por vos ni mi educacion ni mis cos-
tumbres: si en esta tierra de la tiesura y de la hipocresía
se murmura ágríamente acerca de esto, tanto
peor para vos: ese será uno de mis medios de ven-
ganza; yo, sin faltar á mi honra, haré lo bastante
para que os desesperéis. ¿Y qué puede sobrevenir?
¿Un repudio? Mejor: yo tengo el corazon muerto: yo
necesito salir de la escena de la comedia de la vida;
yo estoy desesperada.

Isabel Farnesio sabia bien lo que habia hecho.

Habia emponzoñado con su mordedura de ser-
piente el corazon de aquella jóven loca.

Habia matado la paz doméstica del desdichado
Luis I.

Su salud, delicada ya, debía resentirse.

Y era necesario aprovecharlo todo.

Era necesario que Luis I muriese antes que su primo Luis XV.

Era necesario que Felipe V se viese obligado á volver á recobrar la corona de España, que se inhabilitase para ceñir la de Francia.

¡Oh, si los pueblos supiesen las miserables, las sordas intrigas que se agitan en los palacios! ¡Si supiesen hasta qué punto se aprovechan, lo infame, lo repugnante, lo irritante, hasta lo asqueroso!...

¡Ah! todos los medios son buenos para aquéllos á quienes roe la ambicion, con tal de que los conduzca á sus fines.

Soberbia en la apariencia, bajeza y humillacion en la verdad, en lo oculto.

Isabel Farnesio no se habia engañado tampoco, cuando habia supuesto que la presencia del rey era inminente en la cámara de la reina á cualquiera hora.

No veia bien claro Luis I.

Sabia, ó creia saber, que el hombre amado por la reina habia sido el conde de Pino Rey.

Pero no tenia tampoco una seguridad.

En cuanto á lo de que la reina hubiera faltado á sus deberes, no lo creia.

Pero estaba irritado.

Su carácter violento le excitaba á la venganza.

Sólo por una cuestion de forma y de conveniencia se habia contenido.

Pero ya le hemos visto dar de una manera cruel la noticia de la muerte del conde de Pino Rey á la reina.

Durante el trayecto del Pardo á Madrid, el rey no habia hablado á la reina de otra cosa.

Durante la comida, el rey habia sostenido la conversacion sobre el mismo asunto.

Bien es verdad, que aquella era la cuestion del dia.

El rey encontraba cierto amargo placer en mortificar á la reina.

Era siempre el niño.

El niño terriblemente caprichoso, terriblemente violento.

La reina habia tenido necesidad de no sabemos cuánto heróico valor, para sufrir aquello sin descubrirse.

La cólera y el dolor fermentaban en su alma, pero ocultos.

La reina Isabel Farnesio habia ido á ciencia cierta á verla, para aumentar su dolor y su cólera.

La reina estaba terriblemente predispuesta.

Apenas habia salido la reina madre, apenas Luisa Isabel se habia ceñido el funesto collar, cuando la camarera mayor la anunció la llegada del rey.

Entró éste.

—Está visto,—la dijo;—me aburro lejos de vos, señora, y me he permitido venir á pasar la velada con vos...

Pero de improviso el rey se detuvo.

Sus ojos se espantaron.

Se habia apercibido del collar.

Se puso mortalmente pálido, y tembló de los pies á la cabeza.

—¿Cómo teneis ese collar, señora?—dijo con la voz opaca y trémula;—yo creo que anteayer le disteis como una muestra de estimacion por su valor á nuestro pobre y malaventurado amigo el conde de Pino Rey.

—Este collar me lo ha traído la reina madre,—exclamó la reina con voz altiva y breve;—no sé hasta qué punto estais vos envuelto en la historia por que ha pasado este collar desde que salió de mis manos. ¿Quién es esa mujer, señor?

Luisa Isabel seguia al pié de la letra la instruccion de la experimentada parmesana.

Su voz, su gesto, su mirada, habian expresado unos celos de muerte.

El rey creyó que aquellos celos eran por él.

Creyó que Luisa Isabel conocia toda la historia.

Pero hay cosas que no se confiesan nunca hasta el último extremo, hasta la presentacion de una prueba irrecusable y abrumadora.

—Empiezo por no comprender ni una sola palabra de lo que habeis dicho, señora mia,—dijo con acento blando y casi cariñoso.

—Y sin embargo, habeis temblado y os habeis puesto pálido como un muerto cuando habeis visto en mi garganta este collar,—dijo la reina, á cada momento más irritada y más severa.

—En verdad, en verdad, señora,—dijo el rey

aturdido,—yo no comprendo cómo ese collar haya podido ir á manos de la reina madre.

—¿Cómo sino pasando por la amante de ese miserable conde de Piño Rey, que yo me alegro mucho hayais exterminado?

—¿Cómo!—exclamó el rey, de instante en instante más aturdido.—¿Que le he exterminado yo! ¡y me veis inconsolable por él y necesitado de vuestra compañía para distraerme!

—No mintais,—exclamó la reina.—Yo no conozco esa mujer, no tengo para qué conocerla; nada me importa; pero vos la conocéis y la amais, puesto que por celos á causa de ella habeis matado, y esto, creedlo, me importa mucho, no porque yo os ame, que vos no mereceis ser amado, sino por dignidad, por altivez: yo me veo pospuesta á otra mujer, injuriada, y yo no puedo soportar esto: entre nosotros todo ha terminado, y me hariais una merced si me devolviéseis á mi familia de Francia, dijesen lo que dijesen acá los mal intencionados.

El rey se conmovió.

Se le quitaron completamente sus celos de dignidad.

Creyó que la reina le amaba.

Que él se habia engañado creyéndola enamorada de otro.

Sin embargo, el rey no habia podido obtener ni una sola prueba concreta.

Lo más que habia obtenido habia sido una apariencia.

Los celos furiosos de la reina habian producido su efecto.

Luisa Isabel era bella, muy bella, voluptuosa, tentadora, y si el rey no se habia enamorado ciegamente de ella, habia consistido en que se habia creído antipático para la reina, y su vanidad se habia sublevado.

Llegaba al fin, según creía el rey, una prueba decisiva.

Una mujer no siente celos ni los expresa á la manera que los sentia y los expresaba la reina, sino por un hombre á quien adora.

El rey creía que aquellos celos eran por él.

Por consecuencia, creía tambien que la reina le adoraba, y que si habia ocultado su pasión, habia sido tal vez por vanidad, en vista de la indiferencia con que la trataba él.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó el rey;—entre nosotros es necesario una franca y leal explicacion.

—Bien, bien; explicaos,—dijo la reina, que no aflojaba en su dureza;—eso es lo que yo deseo, eso es lo que yo exijo.

—Respondedme en verdad á una pregunta que voy á hacerós.

—Veamos.

—¿Me amais, señora?

Y el acento del rey era dulce y suplicante.—

—No,—contestó secamente la reina.

—¡Que no me amais!—exclamó el rey.

—¿Mereceis acaso ser amado?

—¡Ah! yo estaba irritado contra vos,—dijo el rey;—yo me he creído desdeñado por vos, y loco, desesperado, engañándome á mí mismo, he cometido una falta; pero una falta leve que debéis perdonarme, señora.

—¿Llamais una falta leve á vuestra pasión por una mujer, al asesinato de un hombre á causa de esa mujer?

—Era un traidor, un miserable,—exclamó el rey;—un infame que se habia atrevido á todo, olvidándose del afecto que le profesaba, del favor que le concedia; un inicuo, que sacrificaba una inestimable prenda vuestra á una mujer, y á una mujer en quien sabia demasiado habia puesto yo los ojos.

—Cesemos, cesemos en esta conversacion,—dijo la reina;—esto es odioso y repugnante.

—Oidme: todo acusado tiene derecho á ser oido en justicia.

—¿Y qué me importa á mí de todo eso?—dijo Luisa Isabel, que era infinitamente más sagaz que el rey;—¿qué me importa á mí que me ameis ó que no me ameis, que ameis á otra mujer ó que no la ameis? ¿que por ella hayais matado ó que no hayais matado á un hombre?

—Oidme por piedad, señora, oidme,—dijo con acento suplicante el rey.

—Obedezco,—dijo la reina;—yo no puedo olvidarme de que vos sois mi señor; pero tened en cuenta que no os oigo por mi voluntad.

—No, no, yo quiero que me oigais como á un amante que os adora.

De tal manera dijo estas palabras el rey, que Luisa Isabel, que al fin era mujer, y sobre mujer francesa, y sobre francesa alta dama, todo lo cual es necesario tener en cuenta, se conmovió.

El lenguaje de la pasion era para ella irresistible.

Si el rey la hubiese buscado, la hubiese hablado de aquel modo antes de que ella hubiese conocido al conde de Pino Rey, el rey hubiera sido su amor, no el conde.

Tal es la combinacion extraña de las circunstancias y de los caractéres.

Por eso el corazon humano es incomprendible, y se tiene muchas veces por absurdo lo que no es sino perfectamente natural.

—Hablad, os escucho,—dijo la reina.

El rey la contó, con todas las salvedades posibles, asiéndose á todas las disculpas imaginables, pintando las cosas con los colores más favorables para él, la historia de sus amores con Aurora, que ya conocemos.

Protestó de no haber tenido parte alguna en el narcótico que Cascajares habia administrado á Aurora.

Que en el momento en que la habia visto dormida por un letargo, sofocada por la falta de respiracion, la habia desajustado, y que al ver en su garganta el collar de la reina, que le revelaba una trai-

cion infame del conde de Pino Rey, fuera de si habia ordenado su muerte y habia salido de aquella casa; que desgraciadamente sus órdenes habian sido cumplidas de una manera demasiado rápida; que él, pasado el primer momento de furor, se hubiera satisfecho con desterrar de la corte al conde; que él se habia espantado de lo que habia sucedido; que habia renunciado á Aurora, y que no habia vuelto á verla ni pensaba volver á verla más.

El rey creyó que con esta confesion general, amañada de la mejor manera posible, habia terminado todo.

Pero se engañó.

La pasajera emocion de la reina se habia desvanecido.

Aquel relato imprudente, sagazmente arrancado por ella, habia vuelto á irritarla de una manera más terrible.

—Nada de eso me satisface,—dijo al rey,—y ya sé cuál es mi destino: resignarme y sufrir; pero lo repito, entre nosotros no hay nada de comun más que la apariencia ante el mundo: yo conservaré siempre este collar para que le veais continuamente, para que nos recuerde que entre nosotros no hay transaccion posible.

El rey habia suplicado demasiado.

Se habia creido triunfante, y al encontrarse como al principio, se irritó.

—Y bien, señora,—la dijo;—vos hareis lo que mejor os plazca; yo no volveré á suplicaros más; pe-

ro sabedlo de una vez para siempre: os amo y os amaré mientras viva. Quedad con Dios.

Y se fué irritado, enloquecido por una parte y satisfecho por otra.

Creia que, no solamente no habia sido la reina criminal, que no solamente no habia amado al conde de Pino Rey, ni aun pensaba en él, sino que era amado con pasion por la reina.

Era demasiado niño el rey don Luis I.

En cambio, Luisa Isabel sabia quién era la mujer que habia adorado el conde de Pino Rey.

La mujer que le habia costado la vida.

La reina Isabel Farnesio habia contado con esto, y no se habia engañado.

Capítulo LIX.

La situación de Aurora

Pasaron algunos días.

Aurora permaneció en el lecho.

La mujer de Cascajares no se separaba de ella.

Isabel Farnesio iba á pasar muchas horas cada día á la Casita Blanca del monte.

Entre tanto, la justicia habia concluido el proceso del asesinato del marqués de Buena Esperanza, pronunciando edictos contra el matador para que éste se presentase.

Nuestros lectores saben que el matador del marqués no podia presentarse.

Respecto al asesinato del conde de Pino Rey, la justicia hizo lo mismo.

Pero aunque el matador del conde hubiera podido presentarse, se abstuvo de ello prudentemente.

Quien podia delatarle, el rey, guardaba el secreto.

El rey no podia explicarse cómo Cascajares habia elegido, para cumplir las órdenes que le habia dado respecto al conde, el lugar en que se habia encontrado su cadáver.

Cascajares guardaba obstinadamente su secreto.

El rey, sin saber por qué, como por instinto, deseaba que este secreto dejara de serlo para él, y siempre que tenia un momento para hablar á solas á Cascajares á la hora del chocolate, le decia:

—¿Hablarás?

—Yo no puedo hablar, señor, por más que quiero,—decia Cascajares.

—¿Y por qué?—preguntaba el rey.

—Porque siempre que vuestra majestad me manda que hable, y en aquel mismo punto, pierdo completamente la memoria.

—Tú eres un picaro, Cascajares.

—Yo soy un leal servidor de vuestra majestad.

—¿Pero no hablas?

—Es que no me acuerdo.

Este era el cuento de nunca acabar.

Cascajares habia querido inventar un cuento.

Pero no daba con ninguno que fuese verosímil, y preferia callar á soltar una mentira que pusiera mucho más en cuidado al rey.

No era un misterio para nadie que la dama que habia acompañado al monte del Pardo á caballo el marqués de Buena Esperanza, era su hija, y que estaba en la Casita Blanca.

Se justificaba la existencia en ella de Aurora, diciendo que por la tarde de aquel mismo día en que habia tenido lugar el asesinato, se la habia encontrado entre unas malezas á poca distancia del lugar donde habia caído su padre.

Estaba accidentada.

Se suponía que se habia metido allí aterrada, huyendo de un peligro.

La habia descubierto el perro de un guardabosque.

Se la habia llevado á la Casita Blanca, y la reina madre, viéndola huérfana, se habia encargado de ella, y la hacia cuidar y la visitaba.

Isabel Farnesio habia inventado este cuento.

La opinion de la córte se habia apoderado de él, y la presencia de Aurora y de su padre en el monte del Pardo en un día en que el rey cazaba en él, se comentaba de una manera no muy caritativa.

Al marqués de Buena Esperanza no le habia conocido nadie de los de la córte, porque no se habia presentado en ella.

El título no era español.

Los que habian visto el cadáver, decían que el marqués á nada se parecia más que á un gitano.

Aquel marqués extraño, presentado despues de muerto, habia caído en medio de la córte como un objeto de murmuracion, al par que su hermosa hija, á quien nadie conocia, protegida por la reina.

Algunas suposiciones, como sucede siempre, daban en la verdad.

Pero por falta de pruebas no pasaban de las conjeturas.

Algunos decian que un amante celoso habia matado á un padre complaciente.

Se atribuian al jóven rey amores por aquella dama, cuya hermosura se ponderaba.

Habia quien llegaba hasta suponer que el celoso lo habia sido el conde de Pino Rey, y que éste habia muerto á consecuencia del asesinato de aquel marqués que tanto se parecia á un gitano.

Pero como se suponía al rey mezclado por amores en este negocio, estas suposiciones se hacian en voz muy baja.

Al hacerse el inventario de la casa del marqués de Buena Esperanza, se habia encontrado un gran capital en oro, muchas y riquísimas alhajas, y escrituras de pingües propiedades en Castilla la Vieja.

Aurora habia quedado riquísima.

Los buscadores de buenas bodas esperaban con ansia que la jóven y bellísima marquesa de Buena Esperanza se restableciese, y fuese presentada en la corte por la reina madre.

Se sabia que ésta la habia nombrado camarista, y que la marquesa de Buena Esperanza viviria en palacio encargada á una de las azafatas más respetables.

Se la casaria cuanto antes.

Se esperaba, pues, ansiosamente la presentación de Aurora.

El rey no habia vuelto á aparecer por la Casita Blanca.

No osaba presentarse.

Isabel Farnesio le habia contado lo del collar y lo del pañuelo, encontrados en el lecho junto á Aurora accidentada.

Isabel Farnesio se habia valido de su influencia para con el jóven rey, y le habia hecho empeñar su palabra en desistir de sus amores respecto á Esperanza.

Isabel Farnesio, astuta siempre, sabia bien que así excitaba más y más los amores del rey para Aurora.

Esta fué al fin presentada á la córte como huérfana, marquesa de Buena Esperanza, camarista de la reina madre y bajo la tutela de doña Inés de Vives, azafata de Isabel Farnesio.

El luto rigoroso que vestia Aurora la hacia más hermosa.

Y más hermosa aún la languidez que aparecia en su semblante, la tristeza profunda y dulce de su mirada.

Aurora habia tomado una resolución.

No podia esperar ser feliz siendo esposa del conde de Pino Rey, porque no podia pensar en engañarle.

Esto era imposible en ella.

Y decimos que Aurora no podía pensar en engañar al conde de Pino Rey, porque Aurora ignoraba que el conde hubiese muerto.

La reina Isabel Farnesio, á quien Aurora habia revelado sus amores con el conde y su lucha con el rey, habia sido caritativa.

La habia ocultado la muerte de su amante.

Aurora, por pudor, habia ocultado á su madre lo trascendental de sus amóres con el conde, y no la habia revelado su certidumbre de la infamia del rey.

De modo que entre madre é hija habia una situacion aparente.

Isabel Farnesio, que no sabia hasta qué punto habian llegado los amóres de Aurora y del conde de Pino Rey, creia que Aurora estaba segura, de que, á pesar del letargo que habia sufrido, habia sido respetada por el rey.

En cuanto á los vínculos que existian entre la reina madre y Aurora, eran un secreto guardado por la tumba.

Los dos que podian haberlo revelado, esto es, Jacinto y el conde de Pino Rey, habian caido en ella.

En cuanto al cardenal Alberoni, estaba interesadísimo en guardarle.

Aurora habia sido reservada y prudente.

No habia preguntado por el conde, á pesar de que se le hacia muy extraño que éste no la hubiese buscado.

Aurora tenia el alma desgarrada, y á pesar de su amor, empezaba á germinar en su corazon un ódio de altivez contra el conde de Pino Rey.

Se creia despreciada por él.

Creia que él, conocedor de que ella habia pasado algun tiempo en la Casita Blanca del monte del Parado, la habia creido querida del rey y la despreciaba.

Esto aumentaba en Aurora el ódio á muerte que

sentia contra el rey, y su terrible sed de venganza. Pero Aurora ocultaba todo esto en el fondo de su alma, y aparecia triste, dulce y lánguida.

Doña Inés de Vives se desvivía por ella. No porque la amase gran cosa, que no habia tenido tiempo para ello, sino porque la reina madre, su señora, mostraba una gran predileccion por la jóven.

En la córte, el que es distinguido por el rey de una manera marcada, es adulado poco ménos que el rey por todos los cortesanos.

Aurora conocia esto y la repugnaba.

Pero se alegraba de ello, porque este servilismo podia servirla para su venganza.

Un dia, poco despues de la entrada de Aurora en la córte, se fijó su situacion moral.

Estaba en la cámara de la reina.

Entró en ella la vieja condesa del Pósito.

Despues de los saludos y de hablar del tiempo y del último sermon del padre tal y del casamiento de cual, la condesa dijo:

—Pero lo que nos trae á todos sin saber qué pensar, es que no haya podido descubrirse aún quién fué el asesino de ese pobre conde de Pino Rey.

Aurora, que no estaba preparada, palideció, sintió que la acometía el vértigo, y tuvo necesidad de hacer un poderoso esfuerzo para no caer.

Nadie reparó en esto.

Aurora estaba entonces en el hueco de un balcon mirando al Campo del Moro.

La conversacion siguió.

Todas las señoras que estaban allí ignoraban el vivo interés que tenia aquella conversacion para Aurora.

Esta permanecia en el hueco del balcon mirando al Campo del Moro al parecer, y escuchando con toda su alma; pero con el alma helada.

Lo supo todo.

Que el conde habia muerto á la mañana siguiente al dia en que habia sido asesinado el marqués de Buena Esperanza.

Se atribuia la muerte del conde á la venganza de un marido.

No se decia quién fuese este marido, pero se soltaban frases un tanto vivas, un tanto transparentes, que se contenian y se envolvian siempre en un doble sentido.

Aurora comprendió de qué manera una reina podia ser injuriada y calumniada en su misma cámara, y con cuánta habilidad y cuanto veneno, por su propia servidumbre.

Y decimos calumniar, porque una suposicion infamante es siempre una calumnia.

Para no serlo debe tener pruebas; dejar de ser suposicion para convertirse en acusacion.

Nadie tenia, ni podia tener la seguridad de que el conde habia sido muerto por la venganza de un marido, y aun suponiendo esto, no habia motivo alguno para aventurar que aquel marido fuese el rey.

En cuanto á Aurora, ya sabemos que no podia tener duda acerca de esto.

Conocia los amores del conde con la reina, y para ella, atendido el lugar en que se habia encontrado el cadáver del conde, no era en manera alguna dudoso que el matador del conde habia sido el rey.

Y como el rey no habia podido matar por su misma mano al conde, la imaginacion de Aurora se fué derecha á Cascajares.

Hé aquí de qué manera Cascajares estaba en peligro.

Pero Aurora prefirió utilizar á Cascajares, en quien sólo vió un instrumento del rey, para que fuese á su vez un instrumento de su venganza.

La conversacion sobre el conde de Pino Rey dejó su lugar á otra murmuracion.

Aurora tuvo lugar de dominarse, de serenarse, y cuando se quitó del hueco del balcon nadie hubiera podido comprender por la expresion de su semblante lo que habia sufrido, lo que sufría aún; aquel ódio, aquel desprecio que respecto al conde de Pino Rey habia empezado á germinar en su alma, se aumentaba.

El conde de Pino Rey habia sido un miserable.

No habia renunciado á los amores de la reina.

La habia, pues, ofendido, y á vuelta de su amor hácia el conde, que ella no podia arrancarse de su alma, se desarrollaba en ella contra el mismo conde un terrible ódio y un profundo desprecio.

Su sed de venganza no era entonces por el conde, sino por ella misma.

Ella, que se sentia en la situacion más difícil en que puede encontrarse una mujer.

Ella, cuya deshonra debía revelarse pronto.

La naturaleza es cruel.

Aurora se sentía madre.

¿A quién pertenecía, pues, el desdichado sér que empezaba á vivir en las entrañas de Aurora? ¿Al conde ó al rey?

Aurora guardaba este secreto, que le habia revelado la naturaleza.

Aurora á la par guardaba tambien el secreto de su venganza.

Para que su venganza se lograra, era necesario engañar á todo el mundo.

Pero no engañaba á la pamesana.

Esta observaba profundamente á Aurora envuelta en un hábil y profundo disimulo, y su experiencia la habia revelado bien pronto la situacion de su hija.

Isabel Farnesio se habia dicho, conociendo como conocia el carácter de Aurora:

—Felipe V se verá obligado á ceñir de nuevo la corona de España.

Esto era horrible.

Pero no importaba.

¿Qué horrores no arrostran la politica y la ambicion, que son una misma cosa?

Capítulo LX.

Para lo que puede servir una azafata.

Aurora, que habia comprendido que doña Inés de Vives veía en ella, más que una pupila una protegida de la reina madre, se propuso utilizar á esta buena azafata, que la adulaba cuanto podia adularla.

Que la trataba por lo ménos con tanto respeto como á la reina madre y á la reina reinante.

Y esto que la azafata no sabia otra cosa ni creía otra cosa sino que la jóven era hija legítima del asesinado marqués de Buena Esperanza.

Antes del malaventurado entronizamiento en España de la casa de Borbon, durante el dominio de la casa de Austria y de las dinastías anteriores, las llamadas azafatas debian ser necesariamente viudas y